

Traducción de cuentos de Isaac Bashevis Singer

Trabajo de fin de máster escrito por

ANDREA MARTÍNEZ REYES

Supervisado por

Maria Rossich Andreu



MÁSTER UNIVERSITARIO EN TRADUCCIÓN
PROFESIONAL INGLÉS-ESPAÑOL

TARRAGONA, 2022

Declaración de autoría

Yo, ANDREA MARTÍNEZ REYES con documento de identificación 23821124-R, declaro que

(i) este trabajo es de mi autoría y que, en los casos en los que me he basado en otras fuentes, así lo he reconocido explícitamente, tanto en el texto como en la lista de referencias bibliográficas donde dichas obras aparecen debidamente citadas.

(ii) entiendo qué es el plagio y las consecuencias que plagiar conlleva según la normativa de la Universidad y sus [indicaciones al respecto](#).

Andrea Martínez Reyes

El Vendrell, Tarragona 2022

A handwritten signature in black ink that reads "Andrea". The signature is written in a cursive style with a prominent initial 'A'.

Traducción de cuentos de Isaac Bashevis Singer

Andrea Martínez Reyes

Maria Rossich Andreu

Resumen

La traducción literaria es diferente a la traducción de otros tipos de textos. Se trata de transmitir la intención y el estilo del autor mientras se traduce el mensaje. Cada autor se diferencia por sus tradiciones literarias y culturales y se distingue por sus características de escritura. Asimismo, el idioma y sus normas literarias deben considerarse en términos de géneros literarios, como la narrativa, la poesía, las obras de teatro y las novelas. La traducción literaria, además de traducir, se preocupa más por la intención y el mensaje del autor, creando un nuevo texto que suene natural y fácil en otro idioma, enfrentándose a varios equivalentes lingüísticos y léxicos.

Esta tesis analiza la traducción de dos cuentos de Isaac Bashevis Singer, *The Cafeteria* y *The Key*. El objetivo de este trabajo es autoanalizar mi traducción y reflexionar sobre lo que he aprendido en el máster para poder implementarlo en el mundo laboral, reformular algunas oraciones acordes al idioma meta, comparar la primera versión de la traducción con la versión final y explicar algunos términos motivo de la decisión, entre otras cuestiones. El trabajo se divide en varias partes: una parte más teórica, donde expondré material relevante sobre la traducción literaria y la vida y estilo del autor; otra más práctica, donde hablaré del proceso de traducción y sus partes, los problemas que me he encontrado; y una reflexión final sobre su solución, combinada con los respectivos ejemplos, culminando con la revisión y edición de la versión final de la traducción. Para finalizar, esbozaré las ideas principales y expresaré mi punto de vista personal sobre mi trabajo de traducción.

Palabras clave: traducción literaria, Isaac Bashevis Singer, sátira, ironía, cuentos, yidis, problemas de traducción, resolución, tarifas, presupuesto, factura.

Índice

I.	Introducción.....	1
II.	La traducción literaria.....	2
	i. Isaac Bashevis Singer.....	3
	ii. Cuentos: <i>The Cafeteria</i> y <i>The Key</i>	4
III.	Reflexión de la traducción.....	33
	i. Metodología.....	33
	ii. CV y tarifas.....	33
	iii. Presupuesto, contrato y factura.....	35
IV.	Problemas de traducción y resolución.....	37
	i. Lenguaje yidis.....	38
	ii. Tiempo verbal.....	40
	iii. Reformulación de frases.....	41
	iv. Nombres propios y terminología.....	43
V.	Revisión y edición.....	44
	i. Herramientas TAO.....	44
	ii. Revisión de la tutora.....	45
VI.	Conclusión.....	46
VII.	Referencias.....	47
VIII.	Anexo.....	49

I. Introducción

En esta tesis pretendo hacer una reflexión de la traducción y los conocimientos que he adquirido durante el máster de traducción profesional. Mediante dos cuentos que traduje del inglés al español del escritor yidis Isaac Bashevis Singer, *The Cafeteria* y *The Key*, he podido adentrarme en el ámbito de la traducción literaria. Gracias a la ayuda de mi tutora, Maria Rossich Andreu, he podido llevar a cabo esta traducción como un encargo real, en el que hemos contactado por correo electrónico con el rol de cliente y traductora profesional, con su respectivo procedimiento (CV específico del ámbito literario, contrato, tarifas, presupuesto y factura) y varias tutorías a lo largo de estos últimos meses por vía Teams.

El objetivo de este trabajo es autoanalizar mi traducción y reflexionar sobre lo aprendido en el máster para poder llevarlo a cabo en el mundo laboral, comparando la primera versión de traducción con la final y explicando el porqué de mis decisiones a la hora de traducir algunos términos y reformular algunas frases.

Este trabajo está dividido en varias partes: una más teórica, donde introduciré la traducción literaria y algunos datos relevantes de la vida del autor y su estilo; y otra más práctica, donde haré una reflexión final sobre el proceso de traducción y sus partes, los problemas que he ido encontrando y sus resoluciones con sus respectivos ejemplos, y, finalmente, la parte de revisión y edición de la versión final de traducción. Como conclusión, recapitularé las ideas clave y daré mi opinión personal sobre mi trabajo de traducción.

El procedimiento que he utilizado para trabajar en este proyecto ha sido traducir de cero conforme iba leyendo y buscando información sobre qué decisiones de traducción debía tomar. Decidí esta metodología ya que quiero prescindir de herramientas TAO, que como he ido aprendiendo durante el máster, son muy útiles, pero nunca podrán ni deberán sustituir la mente de un traductor o traductora profesional. No obstante, opté por la ayuda de diccionarios en línea y páginas web de información y corrección como Linguee o DeepL. Además, los textos eran copias en PDF del libro de cuentos original, así que pensé que sería más cómodo para mí trabajar desde Word.

II. La traducción literaria

El trabajo de traducción va mucho más allá que meramente traducir palabra por palabra. La traducción es un conjunto de elementos para llegar a un objetivo final: transmitir un mensaje sin perder la esencia original del texto de origen. Traducir es mediar entre dos culturas, y en el proceso, hay que lidiar con saber solucionar problemas del choque lingüístico, como las ambigüedades. El mensaje debe comunicarse e interpretarse de la manera más natural posible, y esto es un proceso que ni las máquinas ni las herramientas de traducción pueden competir con la mente humana.

Los elementos a tener en cuenta están relacionados con el estilo del autor o autora, el contexto, el registro, la cultura, la organización y la forma del texto, entre muchos otros aspectos. Es una combinación de elementos tanto lingüísticos como estilísticos. Y, estos elementos, están muy presentes en la traducción literaria.

La traducción literaria, como afirma Noa Talaván en *La traducción literaria: más allá de la teoría*, es diferente a la traducción de otro tipo de textos. Se trata de transmitir la intención y el estilo del autor o autora al mismo tiempo que se traduce el mensaje. Por lo general, cada autor o autora se diferencia por sus tradiciones literarias culturales y resalta por sus características de escritura. Además, hay que tener en cuenta las normas lingüísticas y literarias dependiendo del género literario, como la poesía, el teatro y la novela. En este caso, se trata de la traducción de dos relatos cortos pertenecientes a un libro de narrativa del escritor yidis Isaac Bashevis Singer.

En resumen, la traducción literaria, además de traducir, se centra en la intención del autor y el mensaje creando un nuevo texto que suene natural y fácil en el otro idioma, enfrentándose a varios problemas de traducción como el lenguaje y los equivalentes léxicos que veremos más adelante, centrándonos en los dos cuentos traducidos del inglés al español.

Asimismo, el trabajo de traducción conlleva un proceso que se difiere un poco a la traducción de otros ámbitos. Si bien he aprendido en este máster a especificar y resumir mi CV, enfocándome en lo relevante al trabajo de traducción, el proceso de la traducción literaria es algo distinto. Las tarifas literarias no son las mismas (o no deberían serlo) que, en los demás ámbitos, al igual que el presupuesto y el contrato.

i. Isaac Bashevis Singer

Isaac Bashevis Singer fue un escritor judío que nació en 1903 en Radzymin (Polonia) y falleció en 1991, en Miami (Estados Unidos). Creció en una familia de rabinos y novelistas en el barrio judío de Varsovia donde se hablaba yidis, un idioma judeo-alemán con influencia hebrea, perteneciente al judaísmo del centro-este europeo. El lenguaje yidis está muy presente en sus obras, y los cuentos *The Cafeteria* y *The Key* no son la excepción.

El escritor se mudó varias veces durante la Primera Guerra Mundial donde empezó a trabajar para varios periódicos y dando clases de hebreo. En 1935, emigró a Los Estados Unidos, y, allí, empezó a trabajar con el periódico *Jewish Daily Forward* bajo diferentes seudónimos, escribiendo en inglés y en yidis. En total, Bashevis publicó 18 novelas, 14 libros para niños, varias reseñas y ensayos que no tardó en traducirlos, ya que también traducía sus propias obras. Además, fue un gran activista del vegetarianismo, concepto que destaca en algunas de sus obras, como en *The Cafeteria*.

Bashevis ganó el Premio Nobel de Literatura en 1978 dentro del movimiento de literatura yídica. Algunos artículos aseguran que era un judío rebelde contra la dictadura del Yahvé, nombre que se le designa a Dios en la Biblia judeo-cristiana, pues hablaba de amor y erotismo a la misma vez que se mantenía en una posición pura a sus raíces. Se caracteriza por sus relatos, de estilo audaz y tramas complejas. A menudo utilizaba la ironía y la crítica enfocándose en la era moderna reflejando tradiciones, ambiente y vida jadedita. Algunas de sus obras más famosas fueron *El Spinoza de la calle Market* (1961), *Un amigo de Kafka* (1973) y los relatos infantiles *Cuentos judíos* (1989).

Los siguientes cuentos están dirigidos a un público culto, aunque cualquier persona podría leerlos y entenderlos, ya que el autor no utiliza un lenguaje demasiado complicado. No obstante, el autor sobreentiende que quien le lee, sabe sobre el idioma yidis, la vida en los *ghettos* judíos, la conciencia de la marginación, la distorsión de la realidad, la dictadura de Hitler, el exilio y el terror de las persecuciones. En ambos relatos, Bashevis utiliza la ironía y la sátira a la vez que narra temas serios, muy característico de su estilo: “nos introduce en un universo donde la acción se desenvuelve entre un lúdico racionalismo” (Plaza y Valdés editores, “Isaac Bashevis Singer: su obra y su leyenda” por Sergio Nudelstejer).

ii. Cuentos: *The Cafeteria* y *The Key*

Los cuentos seleccionados para este proyecto fueron *The Cafeteria* (“La Cafetería”), publicada en 1968, y *The Key* (“La Llave”), en 1969. Ambos fueron traducidos del yidis al inglés por el mismo Bashevis con la ayuda de Dorothy Straus y fueron publicados en la revista estadounidense semanal *The New Yorker*, en la que también se hicieron artículos sobre ellos. Son relatos independientes que también se pueden encontrar en la recopilación de “Cuentos” del autor. Ambos tienen una extensión de entre 15 y 20 páginas en formato libro y son relatos con final abierto, aunque no tienen continuación ni relatividad entre ellos, pero sí comparten ciertas características que comentaremos en esta sección.

The Cafeteria trata de un viejo escritor y profesor judío, Aaron, que frecuenta una cafetería en Nueva York donde se relaciona con gente de Polonia y otros tipos de artistas que hablan y leen en yidis. Más tarde, Esther, una joven superviviente del holocausto nazi, se une al grupo. Aaron y Esther estrecharon lazos durante todos esos años, pero se fueron distanciando porque Aaron tuvo que irse a Israel por una temporada. Cuando volvió a Nueva York, la cafetería amaneció quemada, y los clientes que frecuentaban la cafetería empezaron a dispersarse e irse a otras. No obstante, Aaron siguió yendo, hasta que la reabrieron. Más tarde, se reencontró con Esther. Esther le confió sus pensamientos y sus secretos; declaró que una noche vio a Hitler y a sus seguidores en la cafetería haciendo una especie de conferencia y que, cuando acabaron, le prendieron fuego a la cafetería. Aaron, a partir de ese momento, empezó a dudar de la salud mental de Esther y se volvió cada vez más susceptible hasta que perdieron el contacto. Unos años más tarde, al volver de Toronto, se encontró a Esther en la calle del brazo de un señor mayor que a Aaron le parecía familiar, incluso pensaba que ese señor había muerto. Pasado un tiempo, Aaron preguntó por Esther en la cafetería, y le comunicaron que había muerto. Aaron empezó a pensar que quizá Esther tenía razón sobre lo que había visto y se lamentaba no haberla creído antes: admitió que había cadáveres que caminaban por Broadway. El cuento termina con muchas preguntas metafísicas sin respuesta que tienen que ver con la delgada línea entre la realidad y la ficción, la muerte, el miedo, la confusión y la incertidumbre de la vida.

The Key narra la historia de una señora viuda, Bessie Popkin, en la que Bashevis combina la paranoia de la mujer con el humor y el terror que siente del mundo exterior al

vivir sola, aun llevando el luto de su marido, Sam Popkin. Bessie, al llegar a su apartamento después de haber ido a comprar al supermercado, se le rompe la llave en la cerradura. Como desconfía de todo el mundo, incluido sus vecinos, se pasea por las calles de Nueva York buscando una solución, en vez de pedir ayuda. Mientras deambula por la ciudad, se va dando cuenta del gran temor que siente hacia la gente: no es consciente de la realidad del mundo exterior y se obsesiona hasta tal punto que cree que todo el mundo le quiere hacer daño o reírse de ella. Cae la noche, y Bessie sigue deambulando sola por las calles frías de Nueva York. Es entonces cuando Bessie se para y es consciente de su alrededor: el cielo de la noche, con las estrellas y la luna. Se da cuenta que quizá la vida no es tan mala como ella cree. Tras no encontrar ninguna solución, decide volver a su apartamento y se da cuenta de que los vecinos la estuvieron buscando. Allí, le ofrecen su ayuda, y Bessie, se da cuenta de la bondad de las personas de su alrededor. El cuento acaba con Bessie teniendo una especie de visión de su marido invitándole a irse con él, probablemente siendo una alusión de su muerte y el reencuentro de ambos en el cielo.

A continuación, muestro los textos originales con sus respectivas traducciones:

The Cafeteria

The Cafeteria

Even though I have reached the point where a great part of my earnings is given away in taxes, I still have the habit of eating in cafeterias when I am by myself. I like to take a tray with a tin knife, fork, spoon, and paper napkin and to choose at the counter the food I enjoy. Besides, I meet there the *landsleit* from Poland, as well as all kinds of literary beginners and readers who know Yiddish. The moment I sit down at a table, they come over. "Hello, Aaron!" they greet me, and we talk about Yiddish literature, the Holocaust, the state of Israel, and often about acquaintances who were eating rice pudding or stewed prunes the last time I was here and are already in their graves. Since I seldom read a paper, I learn this news only later. Each time, I am startled, but at my age one has to be ready for such tidings. The food sticks in the throat; we look at one another in confusion, and our eyes ask mutely, Whose turn is next? Soon we begin to chew again. I am often reminded of a scene in a film about Africa. A lion attacks a herd of zebras and kills one. The frightened zebras run for a while and then they stop and start to graze again. Do they have a choice?

I cannot spend too long with these Yiddishists, because I am always busy. I am writing a novel, a story, an article. I have to lecture today or tomorrow; my datebook is crowded with all kinds of appointments for weeks and months in advance. It can happen that an hour after I leave the cafeteria I am on a train to Chicago or flying to California. But meanwhile we converse in the mother language and I hear of intrigues and pettiness about which, from a moral point of view, it would be better not to be informed. Everyone tries in his own way with all his means to grab as many honours and as much money and prestige as he can.

None of us learns from all these deaths. Old age does not cleanse us. We don't repent at the gate of hell.

I have been moving around in this neighbourhood for over thirty years – as long as I lived in Poland. I know each block, each house. There has been little building here on uptown Broadway in the last decades, and I have the illusion of having put down roots here. I have spoken in most of the synagogues. They know me in some of the stores and in the vegetarian restaurants. Women with whom I have had affairs live on the side streets. Even the pigeons know me; the moment I come out with a bag of feed, they begin to fly towards me from blocks away. It is an area that stretches from Ninety-sixth Street to Seventy-second Street and from Central Park to Riverside Drive. Almost every day on my walk after lunch, I pass the funeral parlour that waits for us and all our ambitions and illusions. Sometimes I imagine that the funeral parlour is also a kind of cafeteria where one gets a quick eulogy or Kaddish on the way to eternity.

The cafeteria people I meet are mostly men: old bachelors like myself, would-be writers, retired teachers, some with dubious doctorate titles, a rabbi without a congregation, a painter of Jewish themes, a few translators – all immigrants from Poland or Russia. I seldom know their names. One of them disappears and I think he is already in the next world; suddenly he reappears and he tells me that he has tried to settle in Tel Aviv or Los Angeles. Again he eats his rice pudding, sweetens his coffee with saccharin. He has a few more wrinkles, but he tells the same stories and makes the same gestures. It may happen that he takes a paper from his pocket and reads me a poem he has written.

It was in the fifties that a woman appeared in the group who looked younger than the rest of us. She must have been in her early thirties; she was short, slim, with a girlish face, brown hair that she wore in a bun, a short nose, and dimples in her cheeks. Her eyes were hazel – actually, of an indefinite colour. She dressed in a modest European way. She spoke Polish, Russian, and an idiomatic Yiddish. She always carried Yiddish newspapers and magazines. She had been in a prison camp in Russia and had

spent some time in the camps in Germany before she obtained a visa for the United States. The men all hovered around her. They didn't let her pay the cheque. They gallantly brought her coffee and cheese cake. They listened to her talk and jokes. She had returned from the devastation still gay. She was introduced to me. Her name was Esther. I didn't know if she was unmarried, a widow, a divorcée. She told me she was working in a factory, where she sorted buttons. This fresh young woman did not fit into the group of elderly has-beens. It was also hard to understand why she couldn't find a better job than sorting buttons in New Jersey. But I didn't ask too many questions. She told me that she had read my writing while still in Poland, and later in the camps in Germany after the war. She said to me, 'You are my writer.'

The moment she uttered those words I imagined I was in love with her. We were sitting alone (the other man at our table had gone to make a telephone call), and I said, 'For such words I must kiss you.'

'Well, what are you waiting for?'

She gave me both a kiss and a bite.

I said, 'You are a ball of fire.'

'Yes, fire from Gehenna.'

A few days later, she invited me to her home. She lived on a street between Broadway and Riverside Drive with her father, who had no legs and sat in a wheelchair. His legs had been frozen in Siberia. He had tried to run away from one of Stalin's slave camps in the winter of 1944. He looked like a strong man, had a head of thick white hair, a ruddy face, and eyes full of energy. He spoke in a swaggering fashion, with boyish boastfulness and a cheerful laugh. In an hour, he told me his story. He was born in White Russia but he had lived long years in Warsaw, Lodz, and Vilna. In the beginning of the thirties, he became a Communist and soon afterwards a functionary in the Party. In 1939 he escaped to Russia with his daughter. His wife and the other children remained in Nazi-occupied Warsaw. In Russia, somebody denounced him as a Trotskyite and he was sent to mine gold in the north. The G.P.U. sent people there to die. Even the

strongest could not survive the cold and hunger for more than a year. They were exiled without a sentence. They died together: Zionists, Bundists, members of the Polish Socialist Party, Ukrainian Nationalists, and just refugees, all caught because of the labour shortage. They often died of scurvy or beriberi. Boris Merkin, Esther's father, spoke about this as if it were a big joke. He called the Stalinists outcasts, bandits, sycophants. He assured me that had it not been for the United States Hitler would have overrun all of Russia. He told how prisoners tricked the guards to get an extra piece of bread or a double portion of watery soup, and what methods were used in picking lice.

Esther called out, 'Father, enough!'

'What's the matter – am I lying?'

'One can have enough even of *krepalach*.'

'Daughter, you did it yourself.'

When Esther went to the kitchen to make tea, I learned from her father that she had had a husband in Russia – a Polish Jew who had volunteered in the Red Army and perished in the war. Here in New York she was courted by a refugee, a former smuggler in Germany who had opened a bookbinding factory and become rich. 'Persuade her to marry him,' Boris Merkin said to me. 'It would be good for me, too.'

'Maybe she doesn't love him.'

'There is no such thing as love. Give me a cigarette. In the camp, people climbed on one another like worms.'

2

I had invited Esther to supper, but she called to say she had the gripe and must remain in bed. Then in a few days' time a situation arose that made me leave for Israel. On the way back, I stopped over in London and Paris. I wanted to write to Esther, but I had lost her address. When I returned to New York, I tried to call her, but there was no telephone listing for Boris Merkin or Esther Merkin – father and daughter must have been boarders in somebody else's apartment. Weeks passed and she did not show up in the cafeteria. I asked the group about her; nobody knew where she was. 'She has most probably married that bookbinder,'

I said to myself. One evening, I went to the cafeteria with the premonition that I would find Esther there. I saw a black wall and boarded windows – the cafeteria had burned. The old bachelors were no doubt meeting in another cafeteria, or an Automat. But where? To search is not in my nature. I had plenty of complications without Esther.

The summer passed; it was winter. Late one day, I walked by the cafeteria and again saw lights, a counter, guests. The owners had rebuilt. I entered, took a cheque, and saw Esther sitting alone at a table reading a Yiddish newspaper. She did not notice me, and I observed her for a while. She wore a man's fur fez and a jacket trimmed with a faded fur collar. She looked pale, as though recuperating from a sickness. Could that gripe have been the start of a serious illness? I went over to her table and asked, 'What's new in buttons?'

She started and smiled. Then she called out, 'Miracles do happen!'

'Where have you been?'

'Where did you disappear to?' she replied. 'I thought you were still abroad.'

'Where are our *cafeterianiks*?'

'They now go to the cafeteria on Fifty-seventh Street and Eighth Avenue. They only reopened this place yesterday.'

'May I bring you a cup of coffee?'

'I drink too much coffee. All right.'

I went to get her coffee and a large egg cookie. While I stood at the counter, I turned my head and looked at her. Esther had taken off her mannish fur hat and smoothed her hair. She folded the newspaper, which meant that she was ready to talk. She got up and tilted the other chair against the table as a sign that the seat was taken. When I sat down, Esther said, 'You left without saying good-bye, and there I was about to knock at the pearly gates of heaven.'

'What happened?'

'Oh, the gripe became pneumonia. They gave me penicillin, and I am one of those who cannot take it. I got a rash all over my body. My father, too, is not well.'

'What's the matter with your father?'

'High blood pressure. He had a kind of stroke and his mouth became all crooked.'

'Oh, I'm sorry. Do you still work with buttons?'

'Yes, with buttons. At least I don't have to use my head, only my hands. I can think my own thoughts.'

'What do you think about?'

'What not. The other workers are all Puerto Ricans. They rattle away in Spanish from morning to night.'

'Who takes care of your father?'

'Who? Nobody. I come home in the evening to make supper. He has one desire - to marry me off for my own good and, perhaps, for his comfort, but I can't marry a man I don't love.'

'What is love?'

'You ask me! You write novels about it. But you're a man - I assume you really don't know what it is. A woman is a piece of merchandise to you. To me a man who talks nonsense or smiles like an idiot is repulsive. I would rather die than live with him. And a man who goes from one woman to another is not for me. I don't want to share with anybody.'

'I'm afraid a time is coming when everybody will.'

'That is not for me.'

'What kind of person was your husband?'

'How did you know I had a husband? My father, I suppose. The minute I leave the room, he prattles. My husband believed in things and was ready to die for them. He was not exactly my type but I respected him and loved him, too. He wanted to die and he died like a hero. What else can I say?'

'And the others?'

'There were no others. Men were after me. The way people behaved in the war - you will never know. They lost all shame. On the bunks near me one time, a mother lay with one man and her daughter with another. People were like beasts - worse than beasts. In the middle of it all, I dreamed about love. Now I have even stopped dreaming. The men who come here are terrible bores. Most of them are half mad, too. One of them tried to read me a forty-page poem. I almost fainted.'

'I wouldn't read you anything I'd written.'

'I've been told how you behave - no!'

'No is no. Drink your coffee.'

'You don't even try to persuade me. Most men around here plague you and you can't get rid of them. In Russia people suffered, but I have never met as many maniacs there as in New York City. The building where I live is a madhouse. My neighbours are lunatics. They accuse each other of all kinds of things. They sing, cry, break dishes. One of them jumped out of the window and killed herself. She was having an affair with a boy twenty years younger. In Russia the problem was to escape the lice; here you're surrounded by insanity.'

'We drank coffee and shared the egg cookie. Esther put down her cup. I can't believe that I'm sitting with you at this table. I read all your articles under all your pen names. You tell so much about yourself I have the feeling I've known you for years. Still, you are a riddle to me.'

'Men and women can never understand one another.'

'No - I cannot understand my own father. Sometimes he is a complete stranger to me. He won't live long.'

'Is he so sick?'

'It's everything together. He's lost the will to live. Why live without legs, without friends, without a family? They have all perished. He sits and reads the newspapers all day long. He acts as though he were interested in what's going on in the world. His ideals are gone, but he still hopes for a just revolution. How can a revolution help him? I myself never put my hopes in any movement or party. How can we hope when everything ends in death?'

'Hope in itself is a proof that there is no death.'

'Yes, I know you often write about this. For me, death is the only comfort. What do the dead do? They continue to drink coffee and eat egg cookies? They still read newspapers? A life after death would be nothing but a joke.'

little fat. Still, he did business. Later, in Germany, he became such a big smuggler they once took forty thousand dollars away from him.'

Sometimes months passed between my visits to the cafeteria. A year or two had gone by (perhaps three or four; I lost count), and Esther did not show up. I asked about her a few times. Someone said that she was going to the cafeteria on Forty-second Street; another had heard that she was married. I learned that some of the cafeteria-niks had died. They were beginning to settle down in the United States, had remarried, opened businesses, workshops, even had children again. Then came cancer or a heart attack. The result of the Hitler and Stalin years, it was said.

One day, I entered the cafeteria and saw Esther. She was sitting alone at a table. It was the same Esther. She was even wearing the same fur hat, but a strand of grey hair fell over her forehead. How strange - the fur hat, too, seemed to have greyed. The other cafeteria-niks did not appear to be interested in her any more, or they did not know her. Her face told of the time that had passed. There were shadows under her eyes. Her gaze was no longer so clear. Around her mouth was an expression that could be called bitterness, disenchantment. I greeted her. She smiled, but her smile immediately faded away. I asked, 'What happened to you?'

'Oh, I'm still alive.'

'May I sit down?'

'Please - certainly.'

'May I bring you a cup of coffee?'

'No. Well, if you insist.'

I noticed that she was smoking, and also that she was reading not the newspaper to which I contribute but a competition paper. She had gone over to the enemy. I brought her coffee and for myself stewed prunes - a remedy for constipation. I sat down. 'Where were you all this time? I have asked for you.'

'Really? Thank you.'

'What happened?'

'Nothing good.' She looked at me. I knew that she saw in me

Some of the cafeteria-niks came back to the rebuilt cafeteria. New people appeared - all of them Europeans. They launched into long discussions in Yiddish, Polish, Russian, even Hebrew. Some of those who came from Hungary mixed German, Hungarian, Yiddish-German - then all of a sudden they began to speak plain Galician Yiddish. They asked to have their coffee in glasses, and held lumps of sugar between their teeth when they drank. Many of them were my readers. They introduced themselves and reproached me for all kinds of literary errors: I contradicted myself, went too far in descriptions of sex, described Jews in such a way that anti-Semites could use it for propaganda. They told me their experiences in the ghettos, in the Nazi concentration camps, in Russia. They pointed out one another. 'Do you see that fellow - in Russia he immediately became a Stalinist. He denounced his own friends. Here in America he has switched to anti-Bolshevism.' The one who was spoken about seemed to sense that he was being maligned, because the moment my informant left he took his cup of coffee and his rice pudding, sat down at my table, and said, 'Don't believe a word of what you are told. They invent all kinds of lies. What could you do in a country where the rope was always around your neck? You had to adjust yourself if you wanted to live and not die somewhere in Kazakhstan. To get a bowl of soup or a place to stay you had to sell your soul.'

There was a table with a group of refugees who ignored me. They were not interested in literature and journalism but strictly in business. In Germany they had been smugglers. They seemed to be doing shady business here, too; they whispered to one another and winked, counted their money, wrote long lists of numbers. Somebody pointed out one of them. 'He had a store in Auschwitz.'

'What do you mean, a store?'

'God help us. He kept his merchandise in the straw where he slept - a rotten potato, sometimes a piece of soap, a tin spoon, a

what I saw in her: the slow wilting of the flesh. She said, 'You have no hair but you are white.'

For a while we were silent. Then I said, 'Your father -' and as I said it I knew that her father was not alive.

Esther said, 'He has been dead for almost a year.'

'Do you still sort buttons?'

'No, I became an operator in a dress shop.'

'What happened to you personally, may I ask?'

'Oh nothing - absolutely nothing. You will not believe it, but I was sitting here thinking about you. I have fallen into some kind of trap. I don't know what to call it. I thought perhaps you could advise me. Do you still have the patience to listen to the troubles of little people like me? No, I didn't mean to insult you. I even doubted you would remember me. To make it short, I work but work is growing more difficult for me. I suffer from arthritis. I feel as if my bones would crack. I wake up in the morning and can't sit up. One doctor tells me that it's a disc in my back, others try to cure my nerves. One took X-rays and says that I have a tumour. He wanted me to go to the hospital for a few weeks, but I'm in no hurry for an operation. Suddenly a little lawyer showed up. He is a refugee himself and is connected with the German government. You know they're now giving reparation money. It's true that I escaped to Russia, but I'm a victim of the Nazis just the same. Besides, they don't know my biography so exactly. I could get a pension plus a few thousand dollars, but my dislocated disc is no good for the purpose because I got it later - after the camps. This lawyer says my only chance is to convince them that I am ruined psychologically. It's the bitter truth, but how can you prove it? The German doctors, the neurologists, the psychiatrists require proof. Everything has to be according to the textbooks - just so and no different. The lawyer wants me to play insane. Naturally, he gets twenty per cent of the reparation money - maybe more. Why he needs so much money I don't understand. He's already in his seventies, an old bachelor. He tried to make love to me and whatnot. He's half meshugga himself. But how can I play insane when actually I am insane? The whole thing revolts me and I'm afraid it will really drive me

I gave Esther directions. Then I tried to make order in my apartment, but I soon realized this was impossible. Letters, manuscripts lay around on tables and chairs. In the corners books and magazines were piled high. I opened the closets and threw inside whatever was under my hand: jackets, pants, shirts, shoes, slippers. I picked up an envelope and to my amazement saw that it had never been opened. I tore it open and found a cheque. 'What's the matter with me - have I lost my mind?' I said out loud. I tried to read the letter that came with the cheque, but I had misplaced my glasses; my fountain pen was gone, too. Well - and where were my keys? I heard a bell ring and I didn't know whether it was the door or the telephone. I opened the door and saw Esther. It must have been snowing again, because her hat and the shoulders of her coat were trimmed with white. I asked her in, and my neighbour, the divorcée, who spied on me openly with no shame - and, God knows, with no sense of purpose - opened her door and stared at my guest.

Esther removed her boots and I took her coat and put it on the case of the Encyclopaedia Britannica. I shoved a few manuscripts off the sofa so she could sit down. I said, 'In my house there is sheer chaos.'

'It doesn't matter.'

I sat in an armchair strewn with socks and handkerchiefs. For a while we spoke about the weather, about the danger of being out in New York at night - even early in the evening. Then Esther said, 'Do you remember the time I spoke to you about my lawyer - that I had to go to a psychiatrist because of the reparation money?'

'Yes, I remember.'

'I didn't tell you everything. It was too wild. It still seems unbelievable, even to me. Don't interrupt me, I implore you. I'm not completely healthy - I may even say that I'm sick - but I know the difference between fact and illusion. I haven't slept for nights, and I kept wondering whether I should call you or not. I decided not to - but this evening it occurred to me that if I couldn't trust you with a thing like this, then there is no one I could talk to. I read you and I know that you have a sense of the

crazy. I hate swindle. But this shyster pursues me. I don't sleep. When the alarm rings in the morning, I wake up as shattered as I used to be in Russia when I had to walk to the forest and saw logs at four in the morning. Naturally, I take sleeping pills - if I didn't, I couldn't sleep at all. That is more or less the situation.'

'Why don't you get married? You are still a good-looking woman.'

'Well, the old question - there is nobody. It's too late. If you knew how I felt, you wouldn't ask such a question.'

4

A few weeks passed. Snow had been falling. After the snow came rain, then frost. I stood at my window and looked out at Broadway. The passersby half walked, half slipped. Cars moved slowly. The sky above the roofs shone violet, without a moon, without stars, and even though it was eight o'clock in the evening the light and the emptiness reminded me of dawn. The stores were deserted. For a moment, I had the feeling I was in Warsaw. The telephone rang and I rushed to answer it as I did ten, twenty, thirty years ago - still expecting the good tidings that a telephone call was about to bring me. I said hello, but there was no answer and I was seized by the fear that some evil power was trying to keep back the good news at the last minute. Then I heard a stammering. A woman's voice muttered my name.

'Yes, it is I.'

'Excuse me for disturbing you. My name is Esther. We met a few weeks ago in the cafeteria -'

'Esther!' I exclaimed.

'I don't know how I got the courage to phone you. I need to talk to you about something. Naturally, if you have the time and - please forgive my presumption.'

'No presumption. Would you like to come to my apartment?'

'If I will not be interrupting. It's difficult to talk in the cafeteria. It's noisy and there are eavesdroppers. What I want to tell you is a secret I wouldn't trust to anyone else.'

'Please, come up.'

great mysteries -' Esther said all this stammering and with pauses. For a moment her eyes smiled, and then they became sad and wavering.

I said, 'You can tell me everything.'

'I am afraid that you'll think me insane.'

'I swear I will not.'

Esther bit her lower lip. 'I want you to know that I saw Hitler,' she said.

Even though I was prepared for something unusual, my throat constricted. 'When - where?'

'You see, you are frightened already. It happened three years ago - almost four. I saw him here on Broadway.'

'On the street?'

'In the cafeteria.'

I tried to swallow the lump in my throat. 'Most probably someone resembling him,' I said finally.

'I knew you would say that. But remember, you've promised to listen. You recall the fire in the cafeteria?'

'Yes, certainly.'

'The fire has to do with it. Since you don't believe me anyhow, why draw it out? It happened this way. That night I didn't sleep. Usually when I can't sleep, I get up and make tea, or I try to read a book, but this time some power commanded me to get dressed and go out. I can't explain to you how I dared walk on Broadway at that late hour. It must have been two or three o'clock. I reached the cafeteria, thinking perhaps it stays open all night. I tried to look in, but the large window was covered by a curtain. There was a pale glow inside. I tried the revolving door and it turned. I went in and saw a scene I will not forget to the last day of my life. The tables were shoved together and around them sat men in white robes, like doctors or orderlies, all with swastikas on their sleeves. At the head sat Hitler. I beg you to hear me out - even a deranged person sometimes deserves to be listened to. They all spoke German. They didn't see me. They were busy with the Führer. It grew quiet and he started to talk. That abominable voice - I heard it many times on the radio. I didn't make out exactly what he said. I was too terrified to take it in. Suddenly

one of his henchmen looked back at me and jumped up from his chair. How I came out alive I will never know. I ran with all my strength, and I was trembling all over. When I got home, I said to myself, "Esther, you are not right in the head." I still don't know how I lived through that night. The next morning, I didn't go straight to work but walked to the cafeteria to see if it was really there. Such an experience makes a person doubt his own senses. When I arrived, I found the place had burned down. When I saw this, I knew it had to do with what I had seen. Those who were there wanted all traces erased. These are the plain facts. I have no reason to fabricate such queer things.'

We were both silent. Then I said, 'You had a vision.'

'What do you mean, a vision?'

'The past is not lost. An image from years ago remained present somewhere in the fourth dimension and it reached you just at that moment.'

'As far as I know, Hitler never wore a long white robe.'

'Perhaps he did.'

'Why did the cafeteria burn down just that night?' Esther asked.

'It could be that the fire evoked the vision.'

'There was no fire then. Somehow I foresaw that you would give me this kind of explanation. If this was a vision, my sitting here with you is also a vision.'

'It couldn't have been anything else. Even if Hitler is living and is hiding out in the United States, he is not likely to meet his cronies at a cafeteria on Broadway. Besides, the cafeteria belongs to a Jew.'

'I saw him as I am seeing you now.'

'You had a glimpse back in time.'

'Well, let it be so. But since then I have had no rest. I keep thinking about it. If I am destined to lose my mind, this will drive me to it.'

The telephone rang and I jumped up with a start. It was a wrong number. I sat down again. 'What about the psychiatrist your lawyer sent you to? Tell it to him and you'll get full compensation.'

Esther looked at me sidewise and unfriendly. 'I know what you mean. I haven't fallen that low yet.'

5

I was afraid that Esther would continue to call me. I even planned to change my telephone number. But weeks and months passed and I never heard from her or saw her. I didn't go to the cafeteria. But I often thought about her. How can the brain produce such nightmares? What goes on in that little marrow behind the skull? And what guarantee do I have that the same sort of thing will not happen to me? And how do we know that the human species will not end like this? I have played with the idea that all of humanity suffers from schizophrenia. Along with the atom, the personality of *Homo sapiens* has been splitting. When it comes to technology, the brain still functions, but in everything else degeneration has begun. They are all insane: the Communists, the Fascists, the preachers of democracy, the writers, the painters, the clergy, the atheists. Soon technology, too, will disintegrate. Buildings will collapse, power plants will stop generating electricity. Generals will drop atomic bombs on their own populations. Mad revolutionaries will run in the streets, crying fantastic slogans. I have often thought that it would begin in New York. This metropolis has all the symptoms of a mind gone berserk.

But since insanity has not yet taken over altogether, one has to act as though there were still order – according to Vaihinger's principle of 'as if'. I continued with my scribbling. I delivered manuscripts to the publisher. I lectured. Four times a year, I sent cheques to the federal government, the state. What was left after my expenses I put in the savings bank. A teller entered some numbers in my bank book and this meant that I was provided for. Somebody printed a few lines in a magazine or newspaper, and this signified that my value as a writer had gone up. I saw with amazement that all my efforts turned into paper. My apartment was one big wastepaper basket. From day to day, all this paper was getting drier and more parched. I woke up at night fearful

that it would ignite. There was not an hour when I did not hear the sirens of fire engines.

A year after I had last seen Esther, I was going to Toronto to read a paper about Yiddish in the second half of the nineteenth century. I put a few shirts in my valise as well as papers of all kinds, among them one that made me a citizen of the United States. I had enough paper money in my pocket to pay for a taxi to Grand Central. But the taxis seemed to be taken. Those that were not refused to stop. Didn't the drivers see me? Had I suddenly become one of those who see and are not seen? I decided to take the subway. On my way, I saw Esther. She was not alone but with someone I had known years ago, soon after I arrived in the United States. He was a frequenter of a cafeteria on East Broadway. He used to sit at a table, express opinions, criticize, grumble. He was a small man, with sunken cheeks the colour of brick, and bulging eyes. He was angry at the new writers. He belittled the old ones. He rolled his own cigarettes and dropped ashes into the plates from which we ate. Almost two decades had passed since I had last seen him. Suddenly he appears with Esther. He was even holding her arm. I had never seen Esther look so well. She was wearing a new coat, a new hat. She smiled at me and nodded. I wanted to stop her, but my watch showed that it was late. I barely managed to catch the train. In my bedroom, the bed was already made. I undressed and went to sleep.

In the middle of the night, I awoke. My car was being switched, and I almost fell out of bed. I could not sleep any more and I tried to remember the name of the little man I had seen with Esther. But I was unable to. The thing I did remember was that even thirty years ago he had been far from young. He had come to the United States in 1905 after the revolution in Russia. In Europe, he had a reputation as a speaker and public figure. How old must he be now? According to my calculations, he had to be in the late eighties – perhaps even ninety. Is it possible that Esther could be intimate with such an old man? But this evening he had not looked old. The longer I brooded about it in the darkness, the stranger the encounter seemed to me. I even imagined that somewhere in a newspaper I had read that he had died. Do corpses

walk around on Broadway? This would mean that Esther, too, was not living. I raised the window shade and sat up and looked out into the night – black, impenetrable, without a moon. A few stars ran along with the train for a while and then they disappeared. A lighted factory emerged; I saw machines but no operators. Then it was swallowed in the darkness and another group of stars began to follow the train. I was turning with the earth on its axis. I was circling with it around the sun and moving in the direction of a constellation whose name I had forgotten. Is there no death? Or is there no life?

I thought about what Esther had told me of seeing Hitler in the cafeteria. It had seemed utter nonsense, but now I began to reappraise the idea. If time and space are nothing more than forms of perception, as Kant argues, and quality, quantity, causality are only categories of thinking, why shouldn't Hitler confer with his Nazis in a cafeteria on Broadway? Esther didn't sound insane. She had seen a piece of reality that the heavenly censorship prohibits as a rule. She had caught a glimpse behind the curtain of the phenomena. I regretted that I had not asked for more details.

In Toronto, I had little time to ponder these matters, but when I returned to New York I went to the cafeteria for some private investigation. I met only one man I knew: a rabbi who had become an agnostic and given up his job. I asked him about Esther. He said, 'The pretty little woman who used to come here?'

'Yes.'

'I heard that she committed suicide.'

'When – how?'

'I don't know. Perhaps we are not speaking about the same person.'

No matter how many questions I asked and how much I described Esther, everything remained vague. Some young woman who used to come here had turned on the gas and made an end of herself – that was all the ex-rabbi could tell me.

I decided not to rest until I knew for certain what had happened to Esther and also to that half writer, half politician I remembered from East Broadway. But I grew busier from day to

92 The Cafeteria

day. The cafeteria closed. The neighbourhood changed. Years have passed and I have never seen Esther again. Yes, corpses do walk on Broadway. But why did Esther choose that particular corpse? She could have got a better bargain even in this world.

Translated by the author and Dorothea Straus

La Cafetería

Aunque he llegado al punto donde una gran parte de lo que gano se va a los impuestos, sigo teniendo la costumbre de comer en cafeterías cuando estoy solo. Me gusta llevarme una bandeja con un cuchillo de hojalata, un tenedor, una cuchara y servilletas, y elegir la comida que más me gusta del mostrador. Además, allí es donde quedo con unos paisanos de Polonia, al igual que todo tipo de principiantes literarios y lectores que hablan en yidis. En el momento en el que me siento en una mesa, vienen.

—¡Hola, Aaron! —me saludan, y hablamos sobre literatura yidis, el Holocausto, el estado de Israel... Y a menudo hablamos sobre conocidos que comían arroz con leche o ciruelas guisadas la última vez que estuve por aquí y que ahora ya están muertos. Como a penas leo el periódico, siempre me entero de las noticias más tarde. Cada vez que me entero, me asusto, pero a mi edad hay que estar preparado para estas cosas. La comida se nos queda atascada en la garganta y nos miramos confundidos, preguntándonos en silencio: «¿A quién le tocará ahora?», y seguimos masticando. A menudo me acuerdo de una escena de una película sobre África: un león ataca a una manada de cebras y mata a una de ellas; las cebras, asustadas, corren durante un rato y luego se detienen y siguen pastando. ¿Acaso tienen otra opción?

No puedo pasar mucho tiempo con estos yidistas porque siempre estoy ocupado. O estoy escribiendo una novela, una historia, o un artículo; o tengo una charla hoy o mañana... Mi agenda está llena de todo tipo de citas con semanas y meses de antelación. A veces me pasa que una hora después de irme de la cafetería estoy en el tren camino a Chicago o volando a California. Pero mientras, hablamos en nuestra lengua materna y me entero de cosas de las que, desde un punto de vista moral, sería mejor no enterarse. Cada uno intenta, a su manera y dentro de sus posibilidades, acaparar todos los honores y todo el dinero y el prestigio que pueda. Ninguno de nosotros aprende de todas esas muertes. La vejez no nos limpia. No nos arrepentimos en las puertas del infierno.

Llevo más de treinta años moviéndome por este barrio, desde que vine de Polonia. Conozco cada bloque, cada casa. En las últimas décadas no se ha construido mucho en el centro de Broadway y tengo la ilusión de haber echado raíces aquí. He dado charlas en la mayoría de sinagogas. Me conocen en algunas tiendas y en los restaurantes vegetarianos. Mujeres con las que he tenido aventuras viven en las calles de los lados. Incluso las palomas me conocen; en el momento en el que salgo con una bolsa de pienso, empiezan a volar hacia mí desde manzanas de distancia. Es una zona que va desde la calle 96 hasta la calle 72, y desde el Central Park hasta el Riverside Drive. Casi todos los días cuando

paseo después de comer, paso por la funeraria que nos espera a nosotros y a todas nuestras ambiciones e ilusiones. A veces me imagino que la funeraria es también una especie de cafetería en la que se hace un panegírico o un kadish¹ de camino a la eternidad.

La mayoría de gente de la cafetería que conozco son hombres: viejos solteros como yo, aspirantes a escritores, profesores jubilados (algunos con dudosos títulos de doctorado), un rabino sin congregación, un pintor de temas judíos, unos cuantos traductores... Todos inmigrantes de Polonia o Rusia. Uno de ellos desaparece y ya pienso que está muerto; de repente reaparece y me dice que intentó asentarse en Tel Aviv o en Los Ángeles. Vuelve a comer su arroz con leche y endulza su café con sacarina. Tiene algunas arrugas más, pero cuenta las mismas historias y hace los mismos gestos. Puede que saque un papel del bolsillo y me lea un poema que ha escrito.

En los años 50, apareció una mujer en el grupo que parecía más joven que el resto de nosotros. Debía tener veintipocos años: era bajita, delgada, cara aniñada, pelo castaño que se lo recogía en un moño, nariz pequeñita, y hoyuelos en las mejillas. Sus ojos eran de color avellana, realmente, de un color indefinido. Se vestía de forma sencilla a la europea. Hablaba polaco, ruso y yidis de una manera un poco peculiar. Siempre llevaba consigo periódicos y revistas en yidis. Estuvo en los campos de concentración de Rusia y pasó un tiempo en los de Alemania antes de obtener el visado de los Estados Unidos. Todos los hombres iban a su alrededor, y no la dejaban pagar su cheque. Galantemente le traían café y tarta de queso. La escuchaban cómo hablaba y contaba chistes. Había regresado de la ruina aun siendo alegre. Me la presentaron. Su nombre era Esther. No sabía si estaba soltera, viuda, o divorciada. Me dijo que estaba trabajando en una fábrica donde clasificaba botones. Esta joven no encajaba en el grupo de los viejos que hoy en día ya ni están. También era difícil de entender por qué no podía encontrar un trabajo mejor que clasificar botones en Nueva Jersey. Pero no le pregunté demasiado. Me dijo que había leído mis escritos mientras aún vivía en Polonia, y más tarde en los campos de concentración de Alemania después de la guerra.

—Eres mi escritor favorito —me dijo.

En el momento en el que pronunció esas palabras, pensé que me había enamorado de ella. Estábamos sentados a solas, ya que los otros hombres que estaban en nuestra mesa se habían ido a hacer una llamada, y le dije:

—Por tales palabras debería besarte.

—Bueno, ¿a qué estás esperando? —me dio un beso y me mordió.

—Eres fuego —le dije.

—Sí, fuego del infierno.

Un par de días más tarde, me invitó a su casa. Vivía en una calle entre Broadway y Riverside Drive. Vivía con su padre, que no tenía piernas e iba en silla de ruedas. Se le congelaron las piernas en Siberia. Intentó huir de uno de los campos de prisioneros de Stalin en el invierno de 1944. Se veía un hombre fuerte: tenía el pelo blanco y grueso,

¹ Un kadish es un rezo hebreo.

cara basta, y ojos llenos de energía. Hablaba pavoneándose, con una arrogancia juvenil y una risa alegre. En una hora, me contó su historia. Nació en la Rusia Blanca, pero vivió muchos años en Varsovia, Lodz y Vilna. A principios de los años 30, se hizo comunista y, poco después, funcionario de partido. En 1939 huyó de Rusia con su hija. Su mujer y los otros hijos seguían en Varsovia, ocupada por los nazis. En Rusia, alguien le denunció por trotskista y le enviaron a extraer oro a una mina en el norte. La G.P.U.² enviaba a la gente allí para que se muriera. Incluso los más fuertes no sobrevivían al frío y al hambre por más de un año. Fueron exiliados sin ninguna sentencia. Morían juntos: sionistas, bundistas, miembros del partido socialista polaco, nacionalistas ucranianos, y simples refugiados, todos capturados por falta de mano de obra. A menudo morían de escorbuto o beriberi. Boris Merkin, el padre de Esther, habló de esto como si fuera una broma pesada. Llamó a los estalinistas marginados, bandidos, y lameculos. Me aseguró de que, si no hubiera sido por los Estados Unidos, Hitler habría vencido a toda Rusia. Contó cómo los prisioneros engañaban a los guardas para conseguir un trozo de pan extra o una ración doble de sopa aguada, y qué métodos se utilizaban para quitar piojos.

—¡Padre, basta! —gritó Esther.

—¿Qué pasa, miento?

—Uno puede tener suficiente incluso de *kreplach*³.

—Hija, si lo hiciste tú misma.

Cuando Esther se fue a la cocina para hacer té, su padre me contó que tuvo un marido en Rusia, un judío polaco que se alistó voluntario en el Ejército Rojo y que murió en la guerra. Aquí, en Nueva York, se enamoró de un refugiado, un antiguo traficante de Alemania que había abierto una fábrica de encuadernación y se hizo rico.

—Anímale para que se case con él, —me dijo Boris Merkin—, sería bueno para mí también.

—Quizá ella no le quiere.

—El amor no existe. Dame un cigarro. En el campo de concentración, la gente se liaba entre ellos como si fueran gusanos.

2

Invité a Esther a cenar, pero me llamó para decirme que tenía gripe y debía quedarse en la cama. Al cabo de unos días, me surgió una situación que me obligó a marcharme a Israel. En el camino de vuelta, paré en Londres y en París. Quería escribir a Esther, pero había perdido su dirección. Cuando volví a Nueva York, intenté llamarle, pero no había ningún listado de teléfono a nombre de Boris Merkin o Esther Merkin. Debían de estar viviendo en el apartamento de otra persona. Pasaron semanas y no aparecía por la cafetería. Pregunté al grupo por ella, pero nadie sabía dónde estaba. «Lo más probable es que se haya casado con ese encuadernador», pensé. Una tarde, fui a la cafetería con la premonición de que encontraría a Esther allí. Vi la pared negra y las ventanas tapadas: la

² La G.P.U. (más tarde, O.G.P.U.) es el Directorio Político Unificado del Estado Ruso.

³ El *kreplach* es un plato yidis de pasta rellena.

cafetería se había quemado. Los viejos sin duda se debían reunir en otra cafetería, o en unas máquinas de 24 horas. Pero, ¿dónde? Buscar no se me daba bien. Ya tenía bastantes problemas.

El verano pasó, y ya era invierno. Un día, que ya era tarde, fui a la cafetería y otra vez vi las luces encendidas, un mostrador, y clientes. Los propietarios la habían reconstruido. Entré, cogí un cheque, y vi a Esther sentada sola en una mesa leyendo un periódico en yidis. Ella no me vio, y yo la estuve observando por un rato. Llevaba un fez⁴ de hombre de piel y una chaqueta adornada con un cuello de piel descolorido. Estaba pálida, como si se estuviera recuperando de una enfermedad. ¿Podría haber sido aquella gripe el comienzo de una enfermedad grave? Me acerqué a su mesa y le pregunté:

—¿Qué hay de nuevo donde los botones?

Se sobresaltó y sonrió. Entonces exclamó:

—¡Los milagros existen!

—¿Dónde has estado?

—¿Dónde desapareciste tú? —respondió—. Creí que aún estabas fuera.

—¿Dónde están nuestros *cafeterianos*?

—Ahora van a la cafetería de la calle 57 y la de la Octava Avenida. Solo lleva abierta un día.

—¿Te traigo una taza de café?

—Bebo demasiado café... Venga, vale.

Fui a por su café y una galleta grande de huevo. Mientras esperaba en el mostrador, me giré a verla. Esther se había quitado el sombrero y se había alisado el pelo. Dobló el periódico, lo que significaba que estaba lista para hablar. Se levantó y apoyó la otra silla contra la mesa en señal de que el asiento estaba ocupado. Cuando me senté, Esther dijo:

—Te fuiste sin despedirte, y yo estuve a punto de irme al otro barrio.

—¿Qué pasó?

—Bueno, la gripe se volvió neumonía. Me dieron penicilina, y se ve que soy alérgica. Me salió un sarpullido por todo el cuerpo. Mi padre tampoco está bien.

—¿Qué pasa con tu padre?

—Presión alta. Tuvo una especie de derrame cerebral y se le torció la boca.

—Oh... Lo siento. ¿Sigues trabajando con los botones?

—Sí, con los botones. Al menos no tengo que usar mucho la cabeza, solo las manos. Puedo estar a solas con mis pensamientos.

⁴ Un fez es un gorro rojo típico que llevaban los judíos.

—¿En qué piensas?

—Cualquier cosa. Los otros trabajadores son todos puertorriqueños. Hablan en español todo el día.

—¿Quién cuida de tu padre?

—¿Quién? Nadie. Vuelvo a casa por la noche para hacer la cena. Tiene un deseo: casarme por mi propio bien, y quizás por el suyo, también... Pero no puedo casarme con un hombre que no amo.

—¿Qué es el amor?

—¿Y me lo preguntas tú?! Tú escribes novelas sobre ello. Pero tú eres un hombre, supongo que no sabes realmente qué es. Una mujer es un trozo de carne para vosotros. Para mí un hombre que dice tonterías o sonrío como un idiota me parece repulsivo. Preferiría morirme antes que vivir con él. Y un hombre que va de una mujer a otra no es para mí. No quiero compartir con nadie.

—Me temo que a todo el mundo le llega su hora.

—Eso no es para mí.

—¿Qué clase de persona era tu marido?

—¿Cómo sabes que tenía marido? Mi padre, supongo. En el momento en el que salgo de la habitación, lo casca todo. Mi marido creía en cosas y estaba listo para morir por ellas. No era exactamente mi tipo, pero lo respetaba y lo quería, también. Quería morir y murió como un héroe. ¿Qué más puedo decir?

—¿Y los otros?

—No había otros. Los hombres me iban detrás a mí. La forma en la que la gente se comportaba en la guerra... Nunca se sabía. Perdieron toda la vergüenza. En las literas que habían cerca de mí, una madre se acostó con un hombre y su hija con otro. La gente era como bestias... Peor que las bestias. En medio de todo aquello, yo soñaba con el amor verdadero. Ahora, ya ni sueño. Los hombres que vienen aquí son terriblemente aburridos. La mayoría de ellos están medio locos, también. Uno de ellos intentó leerme un poema de cuarenta páginas. Casi me desmayo.

—Yo no te leería nada de lo que he escrito.

—¡Ya! Me han dicho cómo te comportas.

—No es no. Bébetelo el café.

—Tú ni siquiera has intentado seducirme. La mayoría de hombres de por aquí te acosan y no puedes deshacerte de ellos. En Rusia la gente sufría, pero nunca conocí a tantos locos como en la ciudad de Nueva York. El edificio donde vivo es una casa de locos. Mis vecinos son unos lunáticos. Se acusan los unos a los otros por todo tipo de cosas. Cantan, lloran, rompen platos. Una de ellas saltó por la ventana y se suicidó. Estaba teniendo una aventura con un chico veinte años más joven. En Rusia el problema era no coger piojos, aquí estás rodeado de locura.

Bebimos café y compartimos la galleta de huevo. Esther dejó su taza.

—No puedo creer que esté sentada contigo en esta mesa. He leído todos tus artículos bajo todos tus seudónimos. Cuentas mucho sobre ti y tengo la sensación de que te conozco desde hace años. Aun así, eres un enigma para mí.

—Los hombres y las mujeres nunca podrán entenderse.

—No. No puedo entender ni a mi propio padre. A veces es un completo desconocido para mí. No vivirá mucho.

—¿Tan enfermo está?

—Se le ha juntado todo. Ha perdido las ganas de vivir. ¿Para qué vivir sin piernas, sin amigos y sin familia? Todos murieron. Se pasa el día sentado leyendo periódicos. Actúa como si le importara lo que ocurre en el mundo. Sus ideales han desaparecido, pero todavía espera una revolución justa. ¿Cómo podría ayudarle una revolución? Ni yo misma he puesto nunca esperanzas en ningún movimiento o partido. ¿Cómo podemos tener esperanzas cuando todo acaba en muerte?

—La esperanza en sí misma es una prueba de que no hay muerte.

—Sí, sé que sueles escribir sobre esto. Para mí, la muerte es solo comodidad. ¿Qué hace la muerte? ¿Ellos siguen bebiendo café y comiendo galletas de huevo? ¿Siguen leyendo periódicos? La vida después de la muerte no es nada más que una broma.

3

Algunos de los *cafeterianos* volvieron a la cafetería una vez restaurada. Apareció gente nueva, todos europeos. Se adentraban en largas discusiones en yidis, polaco, ruso e incluso hebreo. Algunos de los que venían de Hungría, mezclaban el alemán, el húngaro y el yidis, y de repente empezaron a hablar una especie de yidis gallego. Preguntaban si podían servirles el café en vasos de vidrio, y agarraban terrones de azúcar con los dientes mientras bebían. Muchos de ellos eran lectores míos. Se presentaron y me reprocharon todo tipo de errores literarios: que me contradecía, que mis descripciones de escenas sexuales iban demasiado lejos, que describía a los judíos de tal manera que los antisemitas pudieran utilizarlo de propaganda... Me explicaron su experiencia en los guetos, en los campos de concentración nazi, en Rusia. Se señalaban unos a otros:

—¿Vea a ese tío? En Rusia se convirtió en estalinista inmediatamente. Denunció a sus propios amigos. Aquí en América se pasó al antibolchevique.

El que habló pareció percibir que se le estaba difamando, porque en el momento en que mi informante se fue, cogió su taza de café y su arroz con leche, se sentó en mi mesa, y dijo:

—No te creas ni una palabra de lo que te digan. Se inventan todo tipo de mentiras. ¿Qué harías en un país donde siempre tienes la soga en el cuello? Te tenías que adaptar si querías vivir y no morir en cualquier lugar de Kazajistán. Para conseguir un plato de sopa o un lugar en el que poder quedarte tenías que vender hasta el alma.

Había una mesa con un grupo de refugiados que me ignoraban. No estaban interesados en la literatura ni en el periodismo, sino en los negocios. En Alemania habían sido traficantes. Parecía que estaban haciendo negocios un poco turbios. Se susurraban y se guiñaban el ojo, contaban el dinero, y escribían largas listas de números. Alguien señaló a uno de ellos.

—Él tenía una tienda en Auschwitz.

—¿A qué te refieres con «una tienda»?

—Que Dios nos ayude. Guardaba la mercancía en la paja donde dormía: una patata podrida, a veces un trozo de jabón, una cuchara de hojalata, un poco de grasa... Aun así, hizo negocios. Más tarde, en Alemania, se convirtió en un traficante tan grande, que una vez le quitaron cuarenta mil dólares.

A veces pasaban meses entre mis visitas a la cafetería. Pasaron uno o dos años (a lo mejor tres o cuatro, ya perdí la cuenta), y Esther no aparecía. Pregunté por ella un par de veces. Alguien dijo que iba a la cafetería de la calle 42, otro escuchó que se había casado. Me enteré de que algunos de los *cafeterianos* habían muerto, otros empezaban a asentarse en los Estados Unidos: se volvieron a casar, abrieron negocios, tiendas, e incluso algunos tuvieron hijos. Entonces apareció el cáncer, o los ataques al corazón. El resultado de tantos años bajo Hitler y Stalin, decían.

Un día, entré en la cafetería y vi a Esther. Estaba sentada sola en una mesa. Era la misma Esther de siempre. Incluso aún llevaba el mismo sombrero, pero se le caía un mechón de pelo gris sobre la frente. Qué raro, el sombrero también parecía haberse vuelto grisáceo. Los demás *cafeterianos* ya no parecían seguir interesados por ella, eso o es que no la conocieron. Su cara reflejaba todo por lo que había pasado. En sus labios había una expresión de amargura, de desencanto. La saludé. Me sonrió, pero su sonrisa se desvaneció enseguida. Le pregunté:

—¿Qué te ha pasado?

—Bueno, sigo viva.

—¿Me siento?

—Por supuesto.

—¿Te traigo una taza de café?

—No. Bueno, si insistes...

Me di cuenta de que estaba fumando, y también de que estaba leyendo no un periódico de nuestro bando, sino un periódico de la competencia. Se había pasado al bando enemigo. Le traje el café y para mí, pasas cocidas (un remedio para el constipado). Me senté.

—¿En serio? Gracias.

—¿Qué pasó?

—Nada bueno —me miró. Sé que vio en mí lo que yo vi en ella: la lenta y gradual palidez de la piel. —Tú no tienes pelo, pero eres blanco.

Estuvimos callados por un rato. Entonces dije:

—Tu padre... —y, mientras lo decía, me di cuenta de que estaba muerto.

—Murió hace casi un año —dijo Esther.

—¿Aún sigues clasificando botones?

—No, ahora trabajo en una tienda de ropa.

—¿Qué te pasó personalmente, si puedo preguntar?

—Bueno, nada. Absolutamente nada. No te lo creerás, pero estuve sentada aquí pensando en ti. Caí en una especie de trampa. No sé cómo llamarlo. Pensé que quizás podrías aconsejarme. ¿Todavía tienes paciencia para escuchar los problemas de gentucilla como yo? No, no pretendía insultarte. Incluso dudé de si te acordabas de mí. Para resumirlo, trabajo, pero cada vez se me hace más difícil. Tengo artritis. Me siento como si se me rompieran los huesos. Me levanto por la mañana y no me puedo ni sentar. Un doctor me dice que es una hernia discal en la espalda, otros intentan curarme los nervios, un doctor me hizo radiografías y dice que tengo un tumor... Quería que fuera al hospital durante unas semanas, pero no tengo prisa por operarme. De repente apareció un abogado joven refugiado y relacionado con el gobierno alemán. Ya sabes que ahora dan una indemnización. Es verdad que hui de Rusia, pero igualmente soy víctima de los nazis. Además, no se saben mi biografía en detalle. Podría tener una pensión y un par de miles de dólares, pero el disco dislocado no sería válido porque me apareció más tarde, después de los campos de concentración. El abogado dice que mi única oportunidad es convencerles de que estoy físicamente fatal. Es la dura verdad, pero, ¿cómo lo demuestras? Los doctores, los neurólogos y los psiquiatras quieren pruebas. Todo tiene que ser como dicen los libros de texto, justo eso, ni más ni menos. El abogado quiere que actúe como si estuviera loca. Por supuesto, él se queda con el veinte por ciento de la indemnización, o quizás más. ¿Por qué necesita tanto dinero? No lo entiendo. Ya tiene sus setenta y pico, es un viejo solterón. Intentó acostarse conmigo y todo eso. Él sí que está medio loco, *meshugga*⁵... Pero, ¿cómo voy a intentar parecer estar loca si realmente lo estoy? Todo esto se me hace bola y temo que me vuelva loca de verdad. Odio las mentiras, pero este picapleitos me persigue. Ni duermo. Cuando suena la alarma por la mañana, me despierto sobresaltada como cuando estaba en Rusia cuando tenía que ir al bosque a serrar troncos a las cuatro de la mañana. Obviamente, tomaba pastillas, si no, no podía dormir en absoluto. Esta es más o menos la situación.

—¿Por qué no te casas? Sigues siendo una mujer muy guapa.

—Bueno, la típica pregunta... No hay nadie. Es demasiado tarde. Si supieras cómo me siento, no preguntarías tal cosa.

4

Pasaron un par de semanas. Nevó. Después de la nieve, vino la lluvia, y luego la helada. Me quedaba parado en la ventana y veía Broadway. Los peatones medio caminaban,

⁵ *Meshugga* significa loco en yidis.

medio resbalaban. Los coches se movían despacio. El cielo sobre los tejados brillaba de color violeta, sin luna, sin estrellas... De hecho, eran las ocho de la tarde y la luz y el vacío me recordaba al amanecer. Las tiendas estaban desiertas. Por un momento, me sentía como en Varsovia. Sonó el teléfono y corrí a cogerlo como hace diez, veinte, treinta años atrás, aun esperando las buenas noticias que una llamada telefónica estaría a punto de traerme. Dije hola, pero no hubo respuesta, y me invadió el temor de que algún poder maligno intentara retener la buena noticia en el último momento. Entonces oí un tartamudeo. Una voz de mujer murmuró mi nombre.

—Sí, soy yo.

—Perdona por molestarte. Soy Esther. Nos vimos hace unas semanas en la cafetería...

—¡Esther! —exclamé.

—No sé cómo he tenido el coraje de llamarte. Necesito contarte una cosa. Obviamente si tienes tiempo, y perdona mi atrevimiento.

—No te preocupes. ¿Te gustaría venir a mi piso?

—Si no interrumpo... Es difícil hablar en la cafetería. Hay mucho ruido y muchos cotillas. Lo que te quiero contar es un secreto y no podría confiar en nadie más que tú.

—Por favor, ven.

Le di la dirección a Esther. Intenté ordenar el piso, pero me di cuenta de que era imposible. Había cartas y manuscritos por todas las mesas y las sillas. En las esquinas había libros y revistas apiladas. Abrí el armario y lancé todo lo que tenía a mano: chaquetas, pantalones, camisetas, zapatos, chanclas... Cogí un sobre y, para mi sorpresa, vi que nunca lo había abierto. Lo rompí y había un cheque. «¿Qué pasa conmigo? ¿He perdido la cabeza?», dije en alto. Intenté leer la carta que venía con el cheque, pero no encontraba las gafas. Mi pluma también había desaparecido. ¿Y dónde estaban las llaves? Escuché un timbre y no sabía si era la puerta o el teléfono. Abrí la puerta y era Esther. Habría estado nevando otra vez porque su sombrero y su espalda estaban cubiertos de blanco. Le invité a entrar y, mi vecina, la divorciada, que me espiaba sin ningún escrúpulo (y, Dios sabe, sin ningún propósito), abrió la puerta y se quedó mirando a mi invitada.

Esther se quitó las botas y le cogí el abrigo y lo puse donde la Enciclopedia Británica. Quitó unos cuantos manuscritos del sofá para que pudiera sentarse.

—En mi casa hay un caos absoluto —dije.

—No importa.

Me senté en un sillón lleno de calcetines y pañuelos. Estuvimos un rato hablando del tiempo, sobre lo peligroso que es estar fuera en Nueva York por la noche, incluso por la mañana temprano. Entonces Esther dijo:

—¿Te acuerdas cuanto te hablé sobre mi abogado, que tuve que ir al psiquiatra para la indemnización?

—Sí, me acuerdo.

—No te lo conté todo. Fue demasiado bestia. Me sigue pareciendo increíble incluso para mí. No me interrumpas, te lo ruego. No estoy completamente sana, incluso diría que estoy enferma, pero sé diferenciar entre realidad y ficción. Hace noches que no duermo, y aún dudaba de si llamarte o no. Decidí que no, pero esta tarde se me ocurrió que, si no podía confiar en ti con una cosa así, entonces no habría nadie con quien pudiera hablar. Te leo y sé que tienes un gran sentido para los enigmas —dijo Esther tartamudeando y con pausas. Por un momento, sonrió con los ojos, pero pronto se volvieron tristes y temblorosos.

—Ya te dije que podías contarme cualquier cosa.

—Tengo miedo de que pienses que estoy loca.

—Te juro que no.

Esther se mordió el labio inferior.

—Quiero que sepas que vi a Hitler —dijo.

Aunque estaba preparado para cualquier cosa, se me secó la garganta.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Ves, ya tienes miedo. Fue hace tres años, casi cuatro. Lo vi aquí, en Broadway.

—¿En la calle?

—En la cafetería.

Intenté tragarme la saliva.

—Quizá era alguien que se le parecía —dijo finalmente.

—Sabía que dirías eso, pero acuérdate que prometiste escucharme. ¿Te acuerdas cuando se quemó la cafetería?

—Sí, claro.

—El incendio tiene que ver con todo esto. Ya que, igualmente no me crees, ¿por qué no sacarlo a la luz? Pasó así: la noche que no podía dormir. Normalmente, cuando no puedo dormir, me levanto y me hago un té, o intento leer, pero esa vez algún tipo de fuerza me dijo que me vistiera y saliera a la calle. No te sabría explicar cómo me atreví a pasear por Broadway tan tarde. Serían las dos o las tres de la mañana. Intenté entrar, pero la ventana estaba cubierta por una cortina. Había un brillo pálido dentro. Intenté entrar por la puerta giratoria y giró. Entré y vi algo que no se me va a olvidar hasta que me muera. Las mesas estaban apiñadas y alrededor estaban sentados hombres con batas blancas, como si fueran médicos o celadores, todos con esvásticas en las mangas. En el centro estaba sentado Hitler. Te suplico que me escuches, incluso las personas trastornadas a veces merecen ser escuchadas. Todos hablaban en alemán. No me vieron. Estaban demasiado ocupados con el líder. Se callaron y empezó a hablar. Esa voz tan horrible que he escuchado tantas veces en la radio... No entendí muy bien qué decía. Estaba demasiado aterrorizada para asimilarlo. De repente, uno de sus secuaces me miró y se levantó de la silla. No sé cómo salí viva de ahí. Corrí con todas mis fuerzas, y me temblaba todo el cuerpo. Cuando llegué a casa, me dije a mí misma: «Esther, no estás bien de la cabeza». Todavía no sé cómo

sobreviví a esa noche. A la mañana siguiente, no fui directa al trabajo, antes pasé por la cafetería para ver si realmente estaba ahí. Una experiencia como esa hace que una dude de sus propios sentidos. Cuando llegué, me encontré con que el lugar se había quemado. Cuando lo vi, sabía que tenía que ver con lo que había visto aquella noche. Los que estaban allí querían que se borrara cualquier rastro. Eso fue lo que pasó. No tengo ninguna razón para inventarme tal cosa.

Estuvimos los dos callados. Entonces dije:

—Tuviste una visión.

—¿A qué te refieres con «una visión»?

—El pasado no se pierde. Una imagen de hace años seguía estando presente en algún lugar de la cuarta dimensión y llegó a ti justo en ese momento.

—Que yo sepa, Hitler nunca llevaba una larga túnica blanca.

—A lo mejor sí.

—¿Por qué la cafetería se quemó justo esa noche? —preguntó Esther.

—Podría ser que el fuego provocara esa visión.

—No había fuego en ese momento. De alguna manera sabía que me darías este tipo de explicaciones. Si hubiese sido una visión, el estar sentada aquí contigo también lo sería.

—No podría haber sido otra cosa. Incluso si Hitler estuviese viviendo y escondiéndose en los Estados Unidos, es imposible que se reuniese con sus compinches en una cafetería en Broadway. Además, la cafetería es de judíos.

—Le vi al igual que te estoy viendo a ti ahora.

—Tuviste una visión del pasado.

—Bueno, pues que así sea. Pero desde entonces no puedo descansar. Sigo pensando en ello. Si estoy destinada a perder la cabeza, esto me llevará a ello.

El teléfono sonó y me levanté de un salto. Era un número equivocado. Me volví a sentar.

—¿Qué hay del psiquiatra que te envió tu abogado? Díselo y recibirás la indemnización completa.

Esther me miró de reojo y con cara de pocos amigos.

—Ya sé lo que quieres decir. No he caído tan bajo aún.

5

Tenía miedo de que Esther continuara llamándome. Incluso planeé cambiarme el número de teléfono. Pero pasaron semanas y meses y nunca volví a escuchar de ella ni verla. No fui a la cafetería. Pero a veces pensaba en ella. ¿Cómo la mente puede producir tales pesadillas? ¿Qué es lo que pasa en esa pequeña médula detrás del cráneo? ¿Y qué me garantiza a mí que no me va a pasar lo mismo? A veces pienso que toda la humanidad

sufre de esquizofrenia. Junto con el átomo, la personalidad del *Homo sapiens* se ha ido dividiendo. Cuando se trata de tecnología, el cerebro sigue funcionando, pero todo lo demás se va degenerando. Todos están locos: los comunistas, los fascistas, los seguidores de la democracia, los escritores, los pintores, el clero, los ateos... Pronto la tecnología también se desintegrará. Los edificios se derrumbarán, las centrales eléctricas dejarán de producir electricidad. Los generales lanzarán bombas atómicas sobre su propia población. Los revolucionarios locos correrán por las calles, gritando lemas fantásticos. Siempre pensé que todo empezaría en Nueva York. Esta metrópolis tiene todos los síntomas de mentes enloquecidas.

Pero como la locura aún no se ha apoderado del todo, hay que actuar como si todavía hubiera orden, según el principio de Vaihinger del «como si». Continué con mis garabatos. Le envié manuscritos a la editorial. Di una charla. Enviaba cheques al gobierno federal cuatro veces al año, al estado. Lo que quedaba después de los gastos lo metí en la caja de ahorros. Un cajero anotó unos números en mi libreta de ahorros, que significaba que estaba provisto. Alguien imprimió un par de líneas mías en una revista o en un periódico, lo cual significaba que mi valor como escritor había subido. Vi con asombro que todos mis esfuerzos se plasmaban en papel. Mi piso era como una papelera grande. Día a día, todo ese papel se iba secando y reseca. Me despertaba por las noches asustado de que se pudiera incendiar. No hubo una hora en la que no escuchara las sirenas de los camiones de bomberos.

Un año más tarde de haber visto a Esther, me fui a Toronto a leer un ensayo sobre el yidis en la segunda mitad del siglo XIX. Puse un par de camisetas en la maleta junto a papeles de todo tipo y, entre ellos, el documento que me hizo ser ciudadano de los Estados Unidos. Tenía suficiente dinero en efectivo en el bolsillo para pagar un taxi a la estación de la Grand Central. Pero parecía que no había ningún taxi libre. Aquellos que sí lo parecían se negaron a parar. ¿No me veían los taxistas? ¿De repente me había convertido en un hombre invisible? Decidí coger el metro. Por el camino, vi a Esther. No estaba sola, estaba con alguien que conocí hace muchos años, poco después de llegar a los Estados Unidos. Era un cliente frecuente de la cafetería en el East Broadway. Se solía sentar en una mesa, dar su opinión, criticar y quejarse. Era un hombre bajito, con las mejillas hundidas de color rosado y ojos saltones. Era bastante antipático con los escritores noveles. Menospreciaba a los viejos. Se liaba sus propios cigarros y dejaba caer las cenizas en los platos en los que comíamos. Pasaron casi dos décadas desde la última vez que lo vi. Y de repente aparece con Esther. Incluso le cogía del brazo. Nunca vi a Esther tan bien. Llevaba un abrigo y un sombrero nuevo. Me sonrió y me saludó con la cabeza. Quería pararla, pero mi reloj indicaba que ya era tarde. Casi no llego el tren. En mi habitación, la cama ya estaba hecha. Me desvestí y me fui a dormir.

Me desperté en mitad de la noche. Cambié los interruptores y casi me caigo de la cama. No podía dormir más e intenté recordar el nombre del hombre bajito que vi con Esther. Pero no lo conseguí. Lo que sí recordé era que incluso hace treinta años, ya era mayor. Llegó a los Estados Unidos en 1905, después de la Revolución Rusa. En Europa, tenía fama de orador y de figura pública. ¿Qué edad debía tener ahora? De acuerdo con mis cálculos, tendría que tener ochenta y pico, quizá incluso noventa. ¿De verdad Esther intimaría con un hombre tan viejo? Pero anoche no parecía tan viejo. Cuanto más lo pensaba en la oscuridad, más extraño me parecía el encuentro. Incluso pensé que había leído en algún periódico que había muerto. ¿Los cadáveres caminan por

Broadway? Eso significaría que Esther también estaba muerta. Levanté la persiana y me senté a mirar la noche: negra, impenetrable, sin luna. Por un instante, pasaron un par de estrellas junto al tren, y luego desaparecieron. De repente, apareció luz de una fábrica; veía las máquinas, pero no los trabajadores. Desapareció en la oscuridad y otro grupo de estrellas empezó a seguir el tren. Sentí que giraba junto a la Tierra sobre su eje. Daba vueltas con ella alrededor del sol y se movía en dirección a una constelación cuyo nombre había olvidado. ¿No hay muerte? ¿O no hay vida?

Pensé sobre lo que Esther me contó de haber visto a Hitler en la cafetería. Me había parecido una auténtica tontería, pero ahora empecé a revalorizar la idea. Si el tiempo y el espacio no son más que formas de percepción, como argumentaba Kant, y calidad, cantidad, y causalidad son solo categorías del pensamiento, ¿por qué Hitler no pudo hacer una conferencia con los nazis en una cafetería en Broadway? Esther no parecía estar loca. Vio una parte de la realidad que la censura celestial prohíbe por norma. Entrevió detrás de la cortina de donde ocurrieron los hechos. Lamenté no haberle pedido más detalles.

En Toronto, tenía poco tiempo como para reflexionar sobre estas cosas, pero cuando volví a Nueva York, fui a la cafetería para investigar un poco en privado. Solo conocí a un hombre: un rabino que se convirtió en agnóstico y dejó el trabajo. Le pregunté por Esther.

—¿Esa jovencita tan guapa que solía venir por aquí? —dijo.

—Sí.

—Oí que se suicidó.

—¿C-Cómo?!

—No sé. A lo mejor no estamos hablando de la misma persona.

Por muchas preguntas que hiciera y por mucho que describiera a Esther, no me daba argumentos sólidos. Una joven que solía venir por aquí que encendió el gas y se había matado, eso fue todo lo que el ex rabino pudo decirme.

Decidí no parar hasta saber con certeza qué le pasó a Esther y también a ese medio escritor medio político que recordaba del East Broadway. Pero cada vez estaba más ocupado. La cafetería cerró. El barrio cambió. Los años pasaron y nunca volví a ver a Esther. Sí, los cadáveres caminan por Broadway. Pero, ¿por qué Esther eligió a ese cadáver en particular? Podría haber elegido una oportunidad mucho mejor incluso en este mundo.

Traducido por: Andrea Martínez

The Key

The Key

At about three o'clock in the afternoon, Bessie Popkin began to prepare to go down to the street. Going out was connected with many difficulties, especially on a hot summer day: first, forcing her fat body into a corset, squeezing her swollen feet into shoes, and combing her hair, which Bessie dyed at home and which grew wild and was streaked in all colours - yellow, black, grey, red; then making sure that while she was out her neighbours would not break into her apartment and steal linen, clothes, documents, or just disarrange things and make them disappear.

Besides human tormentors, Bessie suffered from demons, imps, Evil Powers. She hid her eyeglasses in the night table and found them in a slipper. She placed her bottle of hair dye in the medicine chest; days later she discovered it under the pillow. Once, she left a pot of borsch in the refrigerator, but the Unseen took it from there and after long searching Bessie came upon it in her clothes closet. On its surface was a thick layer of fat that gave off the smell of rancid tallow.

What she went through, how many tricks were played on her and how much she had to wrangle in order not to perish or fall into insanity, only God knew. She had given up the telephone because racketeers and degenerates called her day and night, trying to get secrets out of her. The Puerto Rican milkman once tried to rape her. The errand boy from the grocery store attempted to burn her belongings with a cigarette. To evict her from the rent-controlled apartment where she had lived for thirty-five years, the company and the superintendent infested her rooms with rats, mice, cockroaches.

Bessie had long ago realized that no means were adequate against those determined to be spiteful - not the metal door, the

42 The Key

passed. Bessie spoke to no one. She didn't see well, either. The glasses she had worn for years were of no use. To go to an eye doctor and be fitted for new ones was too much of an effort. Everything was difficult - even entering and leaving the elevator, whose door always closed with a slam.

Bessie seldom went farther than two blocks from her building. The street between Broadway and Riverside Drive became noisier and filthier from day to day. Hordes of urchins ran around half naked. Dark men with curly hair and wild eyes quarrelled in Spanish with little women whose bellies were always swollen in pregnancy. They talked back in rattling voices. Dogs barked, cats meowed. Fires broke out and fire engines, ambulances, and police cars drove up. On Broadway, the old groceries had been replaced by supermarkets, where food must be picked out and put in a wagon and one had to stand in line before the cashier.

God in heaven, since Sam died, New York, America - perhaps the whole world - was falling apart. All the decent people had left the neighbourhood and it was overrun by a mob of thieves, robbers, whores. Three times Bessie's pocketbook had been stolen. When she reported it to the police, they just laughed. Every time one crossed the street, one risked one's life. Bessie took a step and stopped. Someone had advised her to use a cane, but she was far from considering herself an old woman or a cripple. Every few weeks she painted her nails red. At times, when the rheumatism left her in peace, she took clothes she used to wear from the closets, tried them on, and studied herself in the mirror.

Opening the door of the supermarket was impossible. She had to wait till someone held it for her. The supermarket itself was a place that only the Devil could have invented. The lamps burned with a glaring light. People pushing wagons were likely to knock down anyone in their path. The shelves were either too high or too low. The noise was deafening, and the contrast between the heat outside and the freezing temperature inside! It was a miracle that she didn't get pneumonia. More than anything else, Bessie was tortured by indecision. She picked up each item with a trembling hand and read the label. This was not the greed of youth but the uncertainty of age. According to Bessie's figuring,

The Key 41

special lock, her letters to the police, the mayor, the F.B.I., and even the President in Washington. But while one breathed one had to eat. It all took time: checking the windows, the gas vents, securing the drawers. Her paper money she kept in volumes of the encyclopedia, in back copies of the *National Geographic*, and in Sam Popkin's old ledgers. Her stocks and bonds Bessie had hidden among the logs in the fireplace, which was never used, as well as under the seats of the easy chairs. Her jewels she had sewn into the mattresses. There was a time when Bessie had safe-deposit boxes at the bank, but she long ago convinced herself that the guards there had passkeys.

At about five o'clock, Bessie was ready to go out. She gave a last look at herself in the mirror - small, broad, with a narrow forehead, a flat nose, and eyes slanting and half closed, like a Chinaman's. Her chin sprouted a little white beard. She wore a faded dress in a flowered print, a misshapen straw hat trimmed with wooden cherries and grapes, and shabby shoes. Before she left, she made a final inspection of the three rooms and the kitchen. Everywhere there were clothes, shoes, and piles of letters that Bessie had not opened. Her husband, Sam Popkin, who had died almost twenty years ago, had liquidated his real-estate business before his death, because he was about to retire to Florida. He left her stocks, bonds, and a number of passbooks from savings banks, as well as some mortgages. To this day, firms wrote to Bessie, sent her reports, cheques. The Internal Revenue Service claimed taxes from her. Every few weeks she received announcements from a funeral company that sold plots in an 'airy cemetery'. In former years, Bessie used to answer letters, deposit her cheques, keep track of her income and expenses. Lately she had neglected it all. She even stopped buying the newspaper and reading the financial section.

In the corridor, Bessie tucked cards with signs on them that only she could recognize between the door and the door frame. The keyhole she stuffed with putty. What else could she do - a widow without children, relatives, or friends? There was a time when the neighbours used to open their doors, look out, and laugh at her exaggerated care; others teased her. That had long

The Key 43

today's shopping should not have taken longer than three-quarters of an hour, but two hours passed and Bessie was still not finished. When she finally brought the wagon to the cashier, it occurred to her that she had forgotten the box of oatmeal. She went back and a woman took her place in line. Later, when she paid, there was new trouble. Bessie had put the bill in the right side of her bag, but it was not there. After long rummaging, she found it in a small change purse on the opposite side. Yes, who could believe that such things were possible? If she told someone, he would think she was ready for the madhouse.

When Bessie went into the supermarket, the day was still bright; now it was drawing to a close. The sun, yellow and golden, was sinking towards the Hudson, to the hazy hills of New Jersey. The buildings on Broadway radiated the heat they had absorbed. From under gratings where the subway trains rumbled, evil-smelling fumes arose. Bessie held the heavy bag of food in one hand, and in the other she grasped her pocketbook tightly. Never had Broadway seemed to her so wild, so dirty. It stank of softened asphalt, gasoline, rotten fruit, the excrement of dogs. On the sidewalk, among torn newspapers and the butts of cigarettes, pigeons hopped about. It was difficult to understand how these creatures avoided being stepped on in the crush of passers-by. From the blazing sky a golden dust was falling. Before a storefront hung with artificial grass, men in sweated shirts poured papaya juice and pineapple juice into themselves with haste, as if trying to extinguish a fire that consumed their insides. Above their heads hung coconuts carved in the shapes of Indians. On a side street, black and white children had opened a hydrant and were splashing naked in the gutter. In the midst of that heat wave, a truck with microphones drove around blaring out shrill songs and deafening blasts about a candidate for political office. From the rear of the truck, a girl with hair that stood up like wires threw out leaflets.

It was all beyond Bessie's strength - crossing the street, waiting for the elevator, and then getting out on the fifth floor before the door slammed. Bessie put the groceries down at the threshold and searched for her keys. She used her nail file to dig the putty

out of the keyhole. She put in the key and turned it. But woe, the key broke. Only the handle remained in her hand. Bessie fully grasped the catastrophe. The other people in the building had copies of their keys hanging in the superintendent's apartment, but she trusted no one – some time ago, she had ordered a new combination lock, which she was sure no master key could open. She had a duplicate key somewhere in a drawer, but with her she carried only this one. 'Well, this is the end,' Bessie said aloud.

There was nobody to turn to for help. The neighbours were her blood enemies. The super only waited for her downfall. Bessie's throat was so constricted that she could not even cry. She looked around, expecting to see the fiend who had delivered this latest blow. Bessie had long since made peace with death, but to die on the steps or in the streets was too harsh. And who knows how long such agony could last? She began to ponder. Was there still open somewhere a store where they fitted keys? Even if there were, what could the locksmith copy from? He would have to come up here with his tools. For that, one needed a mechanic associated with the firm which produced these special locks. If at least she had money with her. But she never carried more than she needed to spend. The cashier in the supermarket had given her back only some twenty-odd cents. 'O dear Momma, I don't want to live any more!' Bessie spoke Yiddish, amazed that she suddenly reverted to that half-forgotten tongue.

After many hesitations, Bessie decided to go back down to the street. Perhaps a hardware store or one of those tiny shops that specialize in keys was still open. She remembered that there used to be such a key stand in the neighbourhood. After all, other people's keys must get broken. But what should she do with the food? It was too heavy to carry with her. There was no choice. She would have to leave the bag at the door. 'They steal anyhow,' Bessie said to herself. Who knows, perhaps the neighbours intentionally manipulated her lock so that she would not be able to enter the apartment while they robbed her or vandalized her belongings.

Before Bessie went down to the street, she put her ear to the door. She heard nothing except a murmur that never stopped, the

which was protected by an overhang and darkened by shadows. Bessie was barely able to sit down. Her knees wobbled. Her shoes had begun to pinch in the toes and above the heels. A bone in her corset broke and cut into her flesh. 'Well, all the Powers of Evil are upon me tonight.' Hunger mixed with nausea gnawed at her. An acid fluid came up in her mouth. 'Father in heaven, it's my end.' She remembered the Yiddish proverb 'If one lives without a reckoning, one dies without confession.' She had even neglected to write her will.

2

Bessie must have dozed off, because when she opened her eyes there was a late-night stillness, the street half empty and darkened. Store windows were no longer lit. The heat had evaporated and she felt chilly under her dress. For a moment she thought that her pocketbook had been stolen, but it lay on a step below her, where it had probably slipped. Bessie tried to stretch out her hand for it; her arm was numb. Her head, which rested against the wall, felt as heavy as a stone. Her legs had become wooden. Her ears seemed to be filled with water. She lifted one of her eyelids and saw the moon. It hovered low in the sky over a flat roof, and near it twinkled a greenish star. Bessie gaped. She had almost forgotten that there was a sky, a moon, stars. Years had passed and she never looked up – always down. Her windows were hung with draperies so that the spies across the street could not see her. Well, if there was a sky, perhaps there was also a God, angels, Paradise. Where else did the souls of her parents rest? And where was Sam now?

She, Bessie, had abandoned all her duties. She never visited Sam's grave in the cemetery. She didn't even light a candle on the anniversary of his death. She was so steeped in wrangling with the lower powers that she did not remember the higher ones. For the first time in years, Bessie felt the need to recite a prayer. The Almighty would have mercy on her even though she did not deserve it. Father and Mother might intercede for her on high. Some Hebrew words hung on the tip of her tongue, but she could not recall them. Then she remembered. 'Hear, O Israel.' But what

cause and origin of which Bessie could not figure out. Sometimes it ticked like a clock; other times it buzzed, or groaned – an entity imprisoned in the walls or the water pipes. In her mind Bessie said good-bye to the food, which should have been in the refrigerator, not standing here in the heat. The butter would melt, the milk would turn sour. 'It's a punishment! I am cursed, cursed,' Bessie muttered. A neighbour was about to go down in the elevator and Bessie signalled to him to hold the door for her. Perhaps he was one of the thieves. He might try to hold her up, assault her. The elevator went down and the man opened the door for her. She wanted to thank him, but remained silent. Why thank her enemies? These were all sly tricks.

When Bessie stepped out into the street, night had fallen. The gutter was flooded with water. The street lamps were reflected in the black pool as in a lake. Again there was a fire in the neighbourhood. She heard the wailing of a siren, the clang of fire engines. Her shoes were wet. She came out on Broadway, and the heat slapped her like a sheet of tin. She had difficulty seeing in daytime; at night she was almost blind. There was light in the stores, but what they displayed Bessie could not make out. Passersby bumped into her, and Bessie regretted that she didn't have a cane. Nevertheless, she began to walk along, close to the windows. She passed a drugstore, a bakery, a shop of rugs, a funeral parlour, but nowhere was there a sign of a hardware store. Bessie continued on her way. Her strength was ebbing, but she was determined not to give up. What should a person do when her key has broken off – die? Perhaps apply to the police. There might be some institution that took care of such cases. But where?

There must have been an accident. The sidewalk was crowded with spectators. Police cars and an ambulance blocked the street. Someone sprayed the asphalt with a hose, probably cleaning away the blood. It occurred to Bessie that the eyes of the onlookers gleamed with an uncanny satisfaction. They enjoy other people's misfortunes, she thought. It is their only comfort in this miserable city. No, she wouldn't find anybody to help her.

She had come to a church. A few steps led to the closed door,

followed? 'God forgive me,' Bessie said. 'I deserve everything that falls on me.'

It became even quieter and cooler. Traffic lights changed from red to green, but a car rarely passed. From somewhere a Negro appeared. He staggered. He stopped not far from Bessie and turned his eyes to her. Then he walked on. Bessie knew that her bag was full of important documents, but for the first time she did not care about her property. Sam had left a fortune; it had all gone for naught. She continued to save for her old age as if she were still young. 'How old am I?' Bessie asked herself. 'What have I accomplished in all these years? Why didn't I go somewhere, enjoy my money, help somebody?' Something in her laughed. 'I was possessed, completely not myself. How else can it be explained?' Bessie was astounded. She felt as if she had awakened from a long sleep. The broken key had opened a door in her brain that had shut when Sam died.

The moon had shifted to the other side of the roof – unusually large, red, its face obliterated. It was almost cold now. Bessie shivered. She realized that she could easily get pneumonia, but the fear of death was gone, along with her fear of being homeless. Fresh breezes drifted from the Hudson River. New stars appeared in the sky. A black cat approached from the other side of the street. For a while, it stood on the edge of the sidewalk and its green eyes looked straight at Bessie. Then slowly and cautiously it drew near. For years Bessie had hated all animals – dogs, cats, pigeons, even sparrows. They carried sicknesses. They made everything filthy. Bessie believed that there was a demon in every cat. She especially dreaded an encounter with a black cat, which was always an omen of evil. But now Bessie felt love for this creature that had no home, no possessions, no doors or keys, and lived on God's bounty. Before the cat neared Bessie, it smelled her bag. Then it began to rub its back on her leg, lifting up its tail and meowing. The poor thing is hungry. I wish I could give her something. How can one hate a creature like this, Bessie wondered. O Mother of mine, I was bewitched, bewitched. I'll begin a new life. A treacherous thought ran through her mind: perhaps remarry?

The night did not pass without adventure. Once, Bessie saw a

white butterfly in the air. It hovered for a while over a parked car and then took off. Bessie knew it was a soul of a newborn baby, since real butterflies do not fly after dark. Another time, she wakened to see a ball of fire, a kind of lit-up soap bubble, soar from one roof to another and sink behind it. She was aware that what she saw was the spirit of someone who had just died.

Bessie had fallen asleep. She woke up with a start. It was day-break. From the side of Central Park the sun rose. Bessie could not see it from here, but on Broadway the sky became pink and reddish. On the building to the left, flames kindled in the windows; the panes ran and blinked like the portholes of a ship. A pigeon landed near by. It hopped on its little red feet and pecked into something that might have been a dirty piece of stale bread or dried mud. Bessie was baffled. How do these birds live? Where do they sleep at night? And how can they survive the rains, the cold, the snow? I will go home, Bessie decided. People will not leave me in the streets.

Getting up was a torment. Her body seemed glued to the step on which she sat. Her back ached and her legs tingled. Nevertheless, she began to walk slowly towards home. She inhaled the moist morning air. It smelled of grass and coffee. She was no longer alone. From the side streets men and women emerged. They were going to work. They bought newspapers at the stand and went down into the subway. They were silent and strangely peaceful, as if they, too, had gone through a night of soul-searching and come out of it cleansed. When do they get up if they are already on their way to work now, Bessie marvelled. No, not all in this neighbourhood were gangsters and murderers. One young man even nodded good morning to Bessie. She tried to smile at him, realizing she had forgotten that feminine gesture she knew so well in her youth; it was almost the first lesson her mother had taught her.

She reached her building, and outside stood the Irish super, her deadly enemy. He was talking to the garbage collectors. He was a giant of a man, with a short nose, a long upper lip, sunken cheeks, and a pointed chin. His yellow hair covered a bald spot.

He gave Bessie a startled look. 'What's the matter, Grandma?' Stuttering, Bessie told him what had happened to her. She showed him the handle of the key she had clutched in her hand all night.

'Mother of God!' he called out.

'What shall I do?' Bessie asked.

'I will open your door.'

'But you don't have a passkey.'

'We have to be able to open all doors in case of fire.'

The super disappeared into his own apartment for a few minutes, then he came out with some tools and a bunch of keys on a large ring. He went up in the elevator with Bessie. The bag of food still stood on the threshold, but it looked depleted. The super busied himself at the lock. He asked, 'What are these cards?'

Bessie did not answer.

'Why didn't you come to me and tell me what happened? To be roaming around all night at your age - my God!' As he poked with his tools, a door opened and a little woman in a housecoat and slippers, her hair bleached and done up in curlers, came out. She said, 'What happened to you? Every time I opened the door, I saw this bag. I took out your butter and milk and put them in my refrigerator.'

Bessie could barely restrain her tears. 'Oh, my good people,' she said. 'I didn't know that...'

The super pulled out the other half of Bessie's key. He worked a little longer. He turned a key and the door opened. The cards fell down. He entered the hallway with Bessie and she sensed the musty odour of an apartment that has not been lived in for a long time. The super said, 'Next time, if something like this happens call me. That's what I'm here for.'

Bessie wanted to give him a tip, but her hands were too weak to open her bag. The neighbour woman brought in the milk and butter. Bessie went into her bedroom and lay down on the bed. There was a pressure on her breast and she felt like vomiting. Something heavy vibrated up from her feet to her chest. Bessie listened to it without alarm, only curious about the whims of the

P.O.E. - 3

50 The Key

body; the super and the neighbour talked, and Bessie could not make out what they were saying. The same thing had happened to her over thirty years ago when she had been given anaesthesia in the hospital before an operation - the doctor and the nurse were talking but their voices seemed to come from far away and in a strange language.

Soon there was silence, and Sam appeared. It was neither day nor night - a strange twilight. In her dream, Bessie knew that Sam was dead but that in some clandestine way he had managed to get away from the grave and visit her. He was feeble and embarrassed. He could not speak. They wandered through a space without a sky, without earth, a tunnel full of debris - the wreckage of a nameless structure - a corridor dark and winding, yet somehow familiar. They came to a region where two mountains met, and the passage between shone like sunset or sunrise. They stood there hesitating and even a little ashamed. It was like that night of their honeymoon when they went to Ellenville in the Catskills and were let by the hotel owner into their bridal suite. She heard the same words he had said to them then, in the same voice and intonation: 'You don't need no key here. Just enter - and mazel tov.'

Translated by the author and Evelyn Torton Beck

La Llave

Sobre las tres de la tarde, Bessie Popkin empezó a prepararse para bajar a la calle. Salir comportaba muchas dificultades, especialmente en un día caluroso de verano. Primero, tenía que embutir su cuerpo gordito en un corsé, apretar sus pies hinchados en los zapatos, y recogerse el pelo, el cual se teñía en casa y crecía salvajemente a rayas de todos los colores: amarillo, negro, gris y rojo. Después, tenía que asegurarse de que mientras ella estaba fuera, los vecinos no entrasen en su piso y robasen lencería, ropa, documentos, o que simplemente desordenasen cosas y que desapareciesen.

Además de tormentos meramente humanos, Bessie sufría de demonios, duendes y poderes malignos. Escondía las gafas en la mesita de noche y las encontraba una zapatilla. Ponía el bote de tinte del pelo en el botiquín, y días después lo encontró debajo de la almohada. Una vez, dejó un bote de sopa *borsch* en la nevera, pero el Oculito lo cogió de ahí y después de una larga búsqueda, Bessie lo encontró en el armario de la ropa. En la superficie del bote había una gruesa capa de grasa que desprendía un olor a rancio.

Todo por lo que había pasado, cuántas bromas le gastaron y cuánto tuvo que luchar para no matarse o caer en la locura, solo Dios lo sabía. Había renunciado al teléfono porque varios chantajistas y degenerados la llamaban día y noche, tratando de sacarle secretos. El lechero puertorriqueño había intentado violarla una vez. El chico de los recados del súper intentó quemarle las cosas con un cigarrillo. Para desalojarla del piso de alquiler donde vivía desde hace treinta y cinco años, la empresa y el conserje infestaron las habitaciones de ratas, ratones y cucarachas.

Hacía tiempo que Bessie se había dado cuenta de que no había remedio con los que se empeñaban a ser malos; ni las puertas de metal, ni cerraduras especiales, ni las cartas a la policía, al alcalde, a la F.B.I., ni incluso al presidente de Washington. Pero mientras uno vive, tiene que comer. Hacerlo todo llevó su tiempo: revisar las ventanas, las rejillas de gas, asegurar los cajones, esconder el dinero en volúmenes de enciclopedias, en ejemplares antiguos del National Geographic y en los viejos libros de contabilidad de Sam Popkin; acciones y bonos que Bessie había escondido entre los troncos de la chimenea que nunca utilizaba, así como bajo los asientos de las butacas; las joyas que había hundido entre los colchones... Hubo un tiempo en que Bessie tenía cajas de seguridad en el banco, pero hace tiempo que se convenció de que los guardias de allí tenían la llave maestra.

Sobre las cinco, Bessie estaba lista para salir. Se echó el último vistazo en el espejo: bajita, gordita, con la frente estrecha, la nariz chata y los ojos rasgados y medio cerrados, como los de una china. De su barbilla brotaban pelitos blancos. Llevaba un vestido suelto floral, un sombrero de paja deformado adornado con cerezas y uvas de madera, y zapatos desgastados. Antes de irse, hizo una inspección final de las tres habitaciones y la cocina. Había ropa por todos lados, zapatos, y montones de cartas que Bessie no había abierto. Su marido, Sam Popkin, que había muerto hace casi veinte años, liquidó sus negocios inmobiliarios antes de morir, porque estaba a punto de retirarse a Florida. Dejó sus acciones y bonos, y el número de las libretas de ahorro, además de algunas hipotecas. Desde ese día, las empresas escribían a Bessie, le enviaban informes y cheques. La Agencia Tributaria le reclamaba impuestos. Casi cada semana recibía

anuncios de una empresa funeraria que vendía parcelas en un «cementerio espacioso». Años atrás, Bessie solía responder cartas, pagaba los cheques y llevaba un control de sus ingresos y gastos. Últimamente lo había descuidado todo. Incluso dejó de comprar el periódico y de leer la sección de finanzas.

En el pasillo, Bessie metió tarjetas con signos que solo ella podía reconocer con masilla. ¿Qué más podía hacer una viuda sin hijos, ni familia, ni amigos? Hubo una vez, cuando los vecinos abrían la puerta, que la miraban y se reían de su cuidado exagerado; otros, se burlaban de ella. Esto pasó hace tiempo. Bessie no hablaba con nadie. No veía bien, tampoco. Las gafas que llevaba desde hace años no eran de visión. Ir al oculista y adaptarse a gente nueva era demasiado esfuerzo. Todo era difícil, incluso entrar y salir del ascensor, cuya puerta se tenía que cerrar con un golpe.

Bessie rara vez iba más allá de dos manzanas de su edificio. La calle entre Broadway y Riverside Drive se volvía más ruidosa y más sucia día tras día. Multitudes de niños corrían medio desnudos. Hombres afroamericanos con el pelo rizado y ojos salvajes peleaban con jóvenes embarazadas. Siempre respondían con la voz quebrada. Los perros ladraban, los gatos maullaban. Se producían incendios y había camiones de bomberos, ambulancias y coches de policía. En Broadway, las tiendas antiguas fueron remplazadas por supermercados donde tenías que elegir la comida, ponerla en un carro y había que hacer cola en la caja para pagar.

Dios santo, desde que Sam murió, Nueva York, América (quizá el mundo entero) se caía a pedazos. Toda la gente decente se había ido del barrio y fue invadido por una mafia de ladrones, atracadores y prostitutas. A Bessie le robaron la cartera tres veces. Cuando lo denunció a la policía, se rieron. Cada vez que alguien cruzaba la calle, arriesgaba su vida. Bessie dio un paso y se paró. Alguien le aconsejó utilizar bastón, pero estaba lejos de considerarse una anciana o una lisiada. Cada un par de semanas se pintaba las uñas de rojo. A veces, cuando el reumatismo la dejaba en paz, cogía la ropa que solía ponerse, y desfilaba en el espejo.

Abrir la puerta del supermercado era imposible. Tenía que esperar hasta que alguien la aguantara por ella. El supermercado en sí era un lugar que el Diablo había inventado. Las luces ardían con una luz deslumbrante, la gente que empujaba los carros parecía tener la intención de derribar a cualquiera en su camino, los estantes eran o demasiado altos o demasiado bajos, el ruido era ensordecedor, y el contraste entre el calor de fuera y el frío de dentro... ¡Era un milagro que no cogiera neumonía! Más que nada, a Bessie la torturaba la indecisión. Cogía las cosas con las manos temblando y leyendo las etiquetas. No era la codicia de la juventud sino la incertidumbre de la edad. Según los cálculos de Bessie, la compra de hoy no debería durar más de tres cuartos de hora, pero pasaron dos horas y Bessie aún no había acabado. Cuando finalmente empujó el carro hacia la caja, se acordó de que se había olvidado de la avena. Volvió y una mujer le quitó el sitio en la cola. Más tarde, cuando pagó, había otro problema. Bessie puso el billete en el lado derecho del bolso, pero no estaba. Después de rebuscar mucho, lo encontró en un pequeño monedero en el lado contrario. Claro, ¿quién se creería que todas estas cosas eran ciertas? Si se lo decía a alguien, se pensarían que estaba para encerrarla en el manicomio.

Cuando Bessie fue al supermercado, aún era de día. Ahora, se estaba haciendo de noche. El sol, amarillo y dorado, se escondía por el río Hudson, por las colinas con niebla de Nueva Jersey. Los edificios en Broadway radiaban el calor que absorbían. De debajo de las alcantarillas donde retumbaba el sonido del metro, salían gases que olían mal. Bessie agarró la bolsa de comida que pesaba mucho en una mano, y en la otra agarraba la cartera firmemente. Broadway nunca le había parecido tan salvaje y tan sucia. Olía a asfalto reblandecido, gasolina, fruta podrida y a excrementos de perro. En la acera, había palomas saltando de un lado a otro entre periódicos rotos y colillas. Era difícil de creer cómo los peatones no pisaban a esas criaturas. Caía un polvo dorado del cielo resplandeciente. Ante un escaparate en la que colgaba hiedra artificial, había hombres con camisetas sudadas que se echaban zumo de papaya y piña con bastante prisa, como si trataran de apagar un fuego que consumía sus entrañas. Sobre sus cabezas colgaban cocos tallados con formas indígenas. En un lado de la calle, había niños blancos y negros que habían abierto una boca de riego y chapoteaban desnudos en el arcén. En mitad de aquella ola de calor, un camión con altavoces circulaba con canciones al máximo volumen sobre un candidato a un cargo político. Desde la parte trasera del camión, había una chica con el pelo erizado como si fueran alambres lanzando folletos.

Todo sobrepasaba a Bessie: cruzar la calle, esperar al ascensor y salir en el cuarto piso antes de que la puerta se cerrara. Bessie dejó la compra en el suelo y buscó las llaves. Utilizaba la lima de uñas para quitar la suciedad del agujero de la cerradura. Pero, ay, se rompió la llave. Se quedó con el mango en las manos. Bessie entendió la catástrofe que eso suponía. Las otras personas del edificio tenían copias de sus llaves colgadas en el piso del conserje, pero ella no confiaba en nadie. Hace un tiempo, pidió una nueva combinación de cerradura que estuviera segura de que ninguna llave maestra pudiera abrir. Tenía una copia de la llave en algún lugar del cajón, pero solo llevaba esa encima.

—Bueno, este es el fin —dijo Bessie en alto.

No había nadie a quien pedir ayuda. Los vecinos eran sus peores enemigos. El Oculito solo esperaba verla caer. La garganta de Bessie se contrajo tanto que no le salía ni llorar. Miró alrededor, esperando ver al demonio que había dado este último golpe. Hacía tiempo que Bessie había hecho las paces con la muerte, pero morir en las escaleras o en la calle era demasiado duro. Y quién sabe cuánto podría durar la agonía. Se puso a reflexionar. ¿Aún estaba abierta la tienda esa donde hacían llaves? Aunque si lo estuviera, ¿de dónde podría hacer la copia el cerrajero? Tendría que venir aquí con sus herramientas. Para eso, se necesita una mecánica asociada con la empresa que hace estas cerraduras especiales. Si al menos tuviese dinero... Pero nunca llevaba más de lo que necesitaba gastar. El cajero en el supermercado le dio de vuelta solo veinte centavos.

—¡Madre mía, no quiero vivir más! —dijo Bessie en yidis, asombrada de haber vuelto de repente a esa lengua que tenía medio olvidada.

Después de haberlo pensado mucho, Bessie volvió a la calle. Quizá había abierta una ferretería o una de esas tiendas pequeñitas especializadas en llaves. Se acordó que solía haber una paradita de llaves en el barrio. Al fin y al cabo, a más gente se les debe de romper las llaves. ¿Pero qué hacía con la comida? Pesaba demasiado como para llevársela. No había alternativa. Tenía que dejar la bolsa en la puerta. «Lo robarán todo»,

se dijo Bessie. Quién sabe, a lo mejor los vecinos habían manipulado intencionadamente la cerradura para que no pudiera entrar al piso mientras le robaban.

Antes de que Bessie bajara a la calle, puso la oreja en la puerta. No escuchó nada excepto un murmullo continuo, la causa y el origen del cual Bessie no lograba identificar. A veces sonaba como un reloj, a veces como un zumbido, o graznido; una entidad encerrada en las paredes o en las tuberías. En su cabeza, Bessie se despedía de la comida, que tendría que estar en la nevera, no ahí con el calor. La mantequilla se derretiría, la leche se pondría agria.

—¡Es un castigo! Estoy maldita, estoy maldita —murmuró Bessie.

Un vecino estaba a punto de bajar y coger el ascensor y Bessie le hizo una señal para que le sujetara la puerta. Quizá era uno de los ladrones. Quizá intentara agarrarla o asaltarla. El ascensor bajó y el hombre le abrió la puerta. Quería darle las gracias, pero se quedó callada. ¿Por qué darles las gracias a los enemigos? Todo eran trucos.

Cuando Bessie salió a la calle, se había hecho de noche. El canal estaba inundado de agua. Las farolas se reflejaban en la piscina negra como si fuera un lago. Otra vez había un incendio en el barrio. Escuchó el sonido de una sirena y el ruido metálico de un coche de bomberos. Tenía los zapatos mojados. Salió a Broadway, y el calor la embistió como una hoja de lata. Si ya le costaba ver de día, de noche estaba casi ciega. Había luces en las tiendas, pero Bessie no lograba identificar lo que mostraban en los escaparates. Los peatones se tropezaban con ella, y Bessie se arrepentía de no tener un bastón. Igualmente, empezó a caminar cerca de las ventanas. Pasó por una droguería, una pastelería, una tienda de alfombras y una funeraria, pero no había ni rastro de alguna ferretería. Bessie continuó el camino. Se estaba quedando sin fuerzas, pero estaba decidida a no rendirse. ¿Qué debe hacer una persona cuando se le rompen las llaves? ¿Morir? Quizá ir a la policía. Tiene que haber alguna institución que se haga cargo de estos casos, pero, ¿dónde?

Debe haber ocurrido un accidente. La acera estaba llena de espectadores. Varios coches de policía y una ambulancia bloqueaban la calle. Alguien roció el asfalto con una manguera, probablemente para limpiar la sangre. A Bessie le parecía que los ojos de los curiosos brillaban con una extraña satisfacción. Disfrutaban con las desgracias ajenas, pensaba. Era su único confort en esta miserable ciudad. No, no encontraría a nadie que la ayudara. Llegó a una iglesia. Unos cuantos pasos la llevaron hacia la puerta, que estaba cerrada y protegida por una cobertura oscura por la sombra. Bessie casi no podía ni sentarse. Le temblaban las rodillas. Los zapatos le empezaban a dar pellizcos en los dedos de los pies y por encima de los talones. Se le rompió un hueso del corsé y le hizo un corte en la piel. «Bueno, todas las Fuerzas del Mal están en contra de mí esta noche». El hambre junto a las náuseas la carcomía. Se le subió un fluido ácido a la boca. «Dios santo, es mi final». Se acordó del proverbio yidis: «Quien vive sin un ajuste de cuentas, muere sin confesarse». Incluso se había olvidado de escribir su testamento.

2

Bessie debió quedarse dormida, porque cuando abrió los ojos, se sentía el silencio de la noche, y de la calle medio vacía y oscura. Los escaparates de las tiendas ya estaban

cerrados. El calor había desaparecido y sentía el fresco por debajo del vestido. Por un momento pensó que le habían robado la cartera, pero estaba a un paso delante de ella, donde probablemente se habría resbalado. Bessie intentó alargar la mano hacia ella, pero tenía el brazo dormido. La cabeza, que la tenía apoyada en el suelo, le pesaba como una roca. Las piernas se convirtieron en madera. Las orejas parecían llenas de agua. Levantó uno de los párpados y vio la Luna. Rondaba baja en el cielo sobre un tejado plano y cerca de ella parpadeaba una estrella de color verde. Bessie miró boquiabierta. Casi se olvida de que ahí arriba hay un cielo, una Luna, unas estrellas... Pasaban los años y nunca miraba hacia arriba, siempre hacia abajo. Las ventanas de su piso siempre estaban cubiertas de cortinas para que los espías de la calle no la pudieran ver. Bueno, si había un cielo, quizá también había un Dios, unos ángeles, un paraíso... ¿Dónde sino descansaban las almas de sus padres? ¿Y dónde estaría Sam ahora?

Ella, Bessie, abandonó todas sus obligaciones. Nunca visitó la tumba de Sam en el cementerio. Ni siquiera encendió una vela en su aniversario de fallecimiento. Estaba tan metida en disputas con cosas insignificantes que se olvidó de lo importante. El Todopoderoso tendría piedad con ella incluso si no se lo merecía. Padre y Madre podrían interceder por ella ahí arriba. Tenía algunas palabras en hebreo en la punta de la lengua, pero no podía recordarlas.

—Escucha, Israel —pero, ¿cómo seguía? —Señor, perdóname. Merezco todo lo que me venga —dijo Bessie.

Incluso había más silencio y hacía más fresco. Los semáforos cambiaron de rojo a verde, pero un coche pasó sospechosamente. De la nada, salió un afroamericano. Se tambaleó. Se detuvo no muy lejos de Bessie, y la miró. Siguió caminando. Bessie sabía que su bolso estaba lleno de documentos importantes, pero por un momento no le importaban sus propiedades. Sam dejó una fortuna, pero todo había sido en vano. Aún seguía ahorrando para su vejez como si fuera joven. «¿Cuántos años tengo?», se preguntaba Bessie. «¿Qué he conseguido en todos estos años? ¿Por qué no me he ido a algún lado, disfrutado el dinero, ayudado a alguien...?». Algo en ella se rio. «Estaba poseída, completamente fuera de mí. ¿De qué otra manera se podría explicar?». Bessie estaba asombrada. Se sentía como si se hubiera despertado de un largo sueño. La llave rota había abierto una puerta en su cerebro que se había cerrado cuando Sam murió.

La Luna se había desplazado hacia el otro lado del tejado. Estaba inusualmente grande, roja, y con media cara oculta. Ya casi hacía frío. Bessie tembló. Se dio cuenta de que podía pillar fácilmente una neumonía, pero se le había ido el miedo a morir, junto con el miedo de no tener hogar. La brisa fresca venía del río Hudson. Aparecieron nuevas estrellas en el cielo. Apareció un gato negro desde el otro lado de la calle. Por un instante, se paró en el borde de la acera y sus ojos verdes miraron fijamente a Bessie. Luego, lenta y cautelosamente, se acercó. Durante años, Bessie odiaba todo tipo de animales: perros, gatos, palomas, incluso gorriones. Traían enfermedades. Hacían que todo se viera sucio. Bessie creía que en cada gato había un demonio. Especialmente temía encontrarse con un gato negro, que significaba un presagio del mal. Pero ahora Bessie sentía amor por esta criatura que no tenía hogar, ni posesiones, ni puertas, ni llaves, y vivía de la bondad de Dios. Antes de que el gato se acercara a Bessie, olió el bolso. Comenzó a frotarse la espalda en la pata, levantando la cola y maullando. La pobre criatura tenía hambre. Ojalá pudiera darle algo. Cómo alguien puede odiar a una criatura como esta, pensó Bessie.

Madre mía, estaba embrujada, embrujada. Empezaré una nueva vida. Un pensamiento intrusivo pasó por su cabeza: ¿quizá volverse a casar?

La noche estuvo llena de aventuras. Una vez, Bessie vio una mariposa blanca volando. Se paró durante un rato sobre un coche aparcado y luego se fue. Bessie supo que era el alma de un bebé recién nacido, porque las mariposas no vuelan por la noche. En otra ocasión, se despertó para ver cómo una bola de fuego, una especie de pompa de jabón con luz, se iba de un tejado a otro y se escondía tras ellos. Era consciente de que lo que veía era el espíritu de alguien que acababa de morir.

Bessie se había quedado dormida. Se despertó sobresaltada. Era de día. Desde el lado de Central Park salía el sol. Bessie no lo podía ver desde ahí, pero en Broadway el cielo se volvía rosa y rojizo. En el edificio de la izquierda, las llamas iluminaban la habitación a través de las ventanas, los cristales corrían y parpadeaban como los ojos de buey de un barco. Una paloma se paró cerca. Saltó sobre sus pequeñas patas rojas y picoteó algo que parecía un trozo de pan rancio o barro seco. Bessie se quedó desconcertada. ¿Cómo podían vivir esos pájaros? ¿Dónde dormían por las noches? ¿Y cómo pueden sobrevivir a las lluvias, el frío, la nieve...? Me iré a casa, decidió Bessie. La gente no me dejará en la calle.

Levantarse fue un tormento. Parecía que el cuerpo se le había pegado al escalón en el que se sentaba. Tenía la espalda encorvada y se le habían dormido las piernas. Aun así, comenzó a caminar poco a poco hacia su casa. Inhaló el aire húmedo de la mañana. Oía a hierba y a café. Ya no estaba sola. Aparecieron hombres y mujeres por las calles. Iban a trabajar. Compraban el periódico en el puestecito y cogían el metro. Estaban callados y extrañamente pacíficos, como si, también, hubieran pasado una noche en búsqueda-del-alma y salieran limpios. A qué hora se levantarían si ya iban de camino al trabajo, se preguntó Bessie. No, no todo el mundo en el barrio eran gánsteres y asesinos. Incluso un joven le asintió buenos días. Intentó sonreírle, dándose cuenta de que había olvidado el gesto femenino que tanto hacía en su juventud. Era casi la primera lección que le enseñó su madre.

Llegó al edificio, y fuera estaba el conserje irlandés, su enemigo a muerte. Estaba hablando con los basureros. Era un hombre grande, de nariz pequeña, de labio superior grande, mejillas hundidas, y una barbilla puntiaguda. El pelo amarillo que tenía le cubría las entradas. Miró a Bessie asombrado.

—¿Qué pasa, abuela?

Bessie le contó tartamudeando lo que le había pasado. Le enseñó el mango de la llave que había guardado en la mano toda la noche.

—¡Madre mía! —gritó.

—¿Qué hago? —preguntó Bessie.

—Le abriré la puerta.

—Pero no tienes la clave de acceso.

—Tenemos que ser capaces de abrir todas las puertas en caso de incendio.

El conserje desapareció en su propio piso por unos minutos, y luego volvió con algunas herramientas y un montón de llaves en un llavero grande. Subió al ascensor con Bessie. La bolsa de comida aún estaba en el suelo, pero parecía más pequeña. El conserje se ocupó de la cerradura. Preguntó:

—¿Qué son esas cartas?

Bessie no respondió.

—¿Por qué no vino a contarme lo que le pasó? Estar deambulando por ahí toda la noche a su edad... ¡Dios mío! —mientras intentaba abrir con las herramientas, se abrió una puerta y apareció una joven en bata y chanclas, con el pelo teñido y enrollado en rulos. Dijo:

—¿Qué le pasó? Cada vez que abría la puerta, veía la bolsa. Recogí la mantequilla y la leche y las puse en mi nevera.

Bessie casi no pudo reprimirse las lágrimas.

—Ay, mi gente buena... —dijo. —No sabía que...

El conserje empujó la otra mitad de la llave de Bessie. Tardó un poco. Giró una llave y se abrió la puerta. Las cartas cayeron al suelo. Entró al vestíbulo con Bessie y sintió el olor a humedad de un piso que estaba deshabitado por bastante tiempo. El conserje dijo:

—La próxima vez, si pasa algo así llámeme. Para eso estoy aquí.

Bessie quería darle propina, pero tenía las manos demasiado débiles para abrir el bolso. La vecina cogió la leche y la mantequilla. Bessie se fue a su habitación y se acostó en la cama. Sentía una presión en el pecho y ganas de vomitar. Algo fuerte vibró desde los pies hasta el pecho. Bessie lo escuchó sin alarmarse, solo curiosa de los caprichos del cuerpo. El conserje y la vecina estaban hablando, pero Bessie no se enteraba de lo que estaban diciendo. Lo mismo le pasó hace treinta años atrás cuando le dieron anestesia antes de una operación, el doctor y la enfermera estaban hablando, pero sus voces parecían venir del más allá y en un idioma extraño.

Pronto hubo silencio. Y apareció Sam. No era ni de día ni de noche, era un crepúsculo extraño. En su sueño, Bessie sabía que Sam estaba muerto, pero de alguna manera clandestina se las apañó para salir de la tumba y visitarla. Se sentía débil y avergonzado. No podía hablar. Merodeaban por un espacio sin cielo, sin la Tierra, un túnel lleno de escombros, los restos de una estructura sin nombre, un pasillo oscuro y sinuoso, aunque familiar. Llegaron a una región donde había dos montañas, entre el brillo del amanecer o el atardecer. Se quedaron pensando e incluso un poco asustados. Era como esa noche en su Luna de miel cuando fueron a Ellenville en las montañas Catskills y el dueño del hotel les dejó la suite nupcial. Oyó las mismas palabras que él le había dicho entonces, con la misma voz y entonación: «No necesitas ninguna llave aquí. Tan solo entra, y *mazel tov*⁶».

Traducido por: Andrea Martínez

⁶ *Mazel tov* es una expresión en yidis que significa “felicidades” o “buena suerte”.

III. Reflexión de la traducción

En este apartado se explicará la metodología del proceso de traducción desde el principio, a la hora de contactar con un encargo ficticio de traducción literaria, pasando por el currículum, el contrato, las tarifas, el presupuesto y la factura. Así mismo, adjunto los documentos de cada apartado. Todo el proceso de comunicación del trabajo se ha llevado a cabo en línea, vía Teams, correo electrónico y Google Drive.

i. Metodología

Inicialmente, hubo una convocatoria para elegir los temas del trabajo de fin de máster, que se trataba de ofertas ficticias de trabajo en las que debíamos elegir tres de ellos. Para estas tres ofertas, debíamos adaptarnos y enviar los requisitos de cada uno. En mi caso, me pedían tarifas y CV. Cuando aceptaron mi solicitud a la oferta de trabajo de traducción de cuentos de Isaac Bashevis Singer, contacté con la tutora responsable, Maria Rossich, con la que realizamos el rol de clienta y traductora para tratar el encargo de los relatos. Cuando tratábamos sobre trabajo, contactamos formalmente vía correo electrónico, y, cuando debíamos contactar para acordar cita para las tutorías, escribíamos en azul para diferenciar el registro y el rol. Tratamos temas de trabajo como las tarifas, el presupuesto, el contrato y, finalmente, la factura. Como ya hemos explicado anteriormente, la traducción literaria se difiere un poco de los demás ámbitos, por lo que me resultó un poco complicado adaptarme a la metodología de un encargo y tuve que cambiar algunos aspectos que explicaré en las siguientes secciones.

ii. CV y tarifas

A lo largo de este máster, en la asignatura *The Translation Profession* de Judith Cortés, aprendimos cómo hacer currículums dependiendo de la oferta de trabajo. Es decir, si aplicamos en una oferta de traducción literaria, debíamos enfocar el CV en los aspectos relacionados con el ámbito, como la experiencia laboral y académica. También, aprendimos que el CV debía contener solamente una página para que resultara fácil y vistoso de leer, así que adapté mi CV con la experiencia laboral y *freelance* que tenía del ámbito de literatura. Para poder aplicar a la oferta de trabajo de los relatos de Bashevis, remarqué mi afición a la literatura y mis cualidades.

Por otra parte, también debía adjuntar mis tarifas ficticias de traducción, así que añadí una tarifa literaria y una tarifa común para el resto de ámbitos. A su vez, añadí también unas tarifas de corrección: la corrección ortotipográfica de 0,80 euros por 1.000 matrices o 1,70 por página, y la corrección de estilo de 1,20 euros por 1.000 matrices o 2,40 por página. Este apartado era meramente informativo y de relleno, ya que al final, no se aplicó ninguna corrección. Además, también añadí los recargos de dificultad, de urgencia, de imágenes y de volumen de proyecto con sus respectivos porcentajes, e impuestos de IVA e IRPF. No obstante, en la traducción literaria no se aplica el IVA.

La traducción literaria se diferencia de las demás, ya que el sistema se cuenta en matrices de caracteres con espacios o también por páginas, en lugar de palabras. Asimismo, adjunté la tarifa a 14 euros por página del inglés al español con un plazo de entrega de 10 a 15 días después de la confirmación del encargo. La tarifa de 14 euros por página es bastante común, aunque para alguien que acaba de empezar en el mundo de la traducción profesional puede ser un poco elevado, lo que conllevaría dificultades para que me aceptaran los encargos. Así que, mi tutora me aconsejó que la bajara a 12 euros por página que, más tarde, incluiría en el presupuesto.

Andrea Martínez Reyes

FILÓLOGA INGLESA Y
TRADUCTORA



Teléfono móvil:
+34 692442639

Correo electrónico:
andrea.mar.rey98@gmail.com

LinkedIn:
andrea-martinez-reyes

Redes sociales:
@dreamarrey

Dirección:
C/ Berguedà 4, 1B
El Vendrell, Tarragona (España)
43700

Idiomas de trabajo:
• Español L1
• Catalán L2
• Inglés C2

DATOS PERSONALES

- D.N.I.: 23821124R
- Fecha de nacimiento: 25/12/1998

HISTORIAL ACADÉMICO

Institut Baix Penedès
Bachillerato humanístico, 2014-2016

Universitat Rovira i Virgili

Filología inglesa, 2016-2020

Máster en traducción profesional EN-ES, 2021-2022

EXPERIENCIA LABORAL

Traductora *freelance*

Traducción ES-EN del libro de poemas "Encerrada en mi misma" de Elizabeth Galán, 2021

CUALIDADES PROFESIONALES

- Mi especialidad es la traducción literaria, ya que desde el instituto he adquirido conocimientos de literatura española, catalana, inglesa y universal.
- Tengo conocimientos de traducción, edición, postedición y subtitulación de las asignaturas del máster de traducción.
- Soy bastante creativa e ingeniosa a la hora de adaptarme a la escritura de diferentes estilos. Además, soy capaz de traducir textos de cualquier ámbito, y suelo utilizar herramientas de trabajo como las herramientas TAO y diccionarios en línea.
- Tengo disponibilidad y flexibilidad horaria y capacidad para cumplir con plazos de entrega ajustados.

COMPETENCIAS TECNOLÓGICAS

Herramientas TAO

- Smartcat
- Memsource
- MateCat
- Trados Studio

Programas de trabajo

- Microsoft Office 365
- Aegisub (subtitulación)

Ordenador de trabajo

- HUAWEI MateBook D14 RYZEN
- "Panda Antivirus"

TARIFAS SERVICIO DE TRADUCCIÓN

Andrea Martínez Reyes
Filóloga inglesa y traductora
andrea.mar.rev98@gmail.com

TARIFAS DE TRADUCCIÓN

Idioma	Tarifa común	Tarifa literaria
catalán-español	0,08 eur/palabra	12 eur/página
inglés-catalán	0,10 eur/palabra	14 eur/página
inglés-español	0,10 eur/palabra	14 eur/página
Plazos de entrega:	5-10 días después de la confirmación	10-15 días después de la confirmación

TARIFAS DE CORRECCIÓN

Tipo	Tarifa por matrices	Tarifa por páginas
Corrección ortotipográfica	0,80 eur/1.000 matrices	1,7 eur/página
Corrección de estilo	1,2 eur/1.000 matrices	2,4 eur/página

RECARGOS E IMPUESTOS

Recargos	Porcentaje	Recargos	Porcentaje
Dificultad (especialidad y tema)	20%	Imágenes, tablas, esquemas, etc.	10%
Urgencia (a petición del cliente)	30%	Volumen de proyecto (a partir de 10.000 palabras)	10%
IVA (España)	IVA (fuera de España)	IRPF (España)	IRPF (fuera de España)
21%	19%	7%	15%

iii. Presupuesto, contrato y factura

Una vez me enviaron los PDF de los dos relatos, elaboré un presupuesto acorde a la tarifa literaria. En este, incluí los datos del cliente, los míos propios, el volumen orientativo de palabras (10.000), las páginas (31), la tarifa literaria de 12 euros por página, la fecha de entrega, las condiciones de pago y algunas observaciones, garantizando la confidencialidad de la documentación del cliente. Así mismo, pedí que me mandaran el contrato de empresa ficticio, el cual es un paso importante en el mundo laboral ya que, sin contrato, no debería haber acuerdo. Sin embargo, en los presupuestos del sector editorial no se especifica el precio base o definitivo porque se calcula sobre los caracteres del texto meta una vez finalizada la traducción.

Andrea Martínez Reyes
Filóloga inglesa y traductora
C/ Berguedà, 4 1B
43700 El Vendrell, Tarragona (España)
DNI 23821124R
andrea.mar.rev98@gmail.com

PRESUPUESTO 01/22
El Vendrell, 3 de enero de 2022

Traducción de cuentos de Isaac Bashevis Singer EN>ES	
Tipo de trabajo	
Cliente	Editorial Lumen
Persona de contacto	Maria Rossich Andreu
Correo electrónico de contacto	maria.rossich@gmail.com
Cuento 1	The Cafeteria
Cuento 2	The Key
Volumen orientativo (palabras)	10.000
Volumen orientativo total (páginas)	31
Tarifa literaria	12 eur/página
Fecha de entrega	60 días a partir de la confirmación del pedido.
Condiciones de pago	30 días a partir de la fecha de emisión de la factura, por transferencia bancaria, PayPal o cheque nominativo.
Observaciones	El importe total se calculará sobre los caracteres del texto meta. La traducción se mandaría en el formato original de los documentos. Se garantiza la confidencialidad de la documentación del cliente.
Acceptación del pedido	Sí No

Fecha y firma de aceptación del pedido

Una vez finalizada y revisada la traducción, le adjunté a mi tutora la factura. En esta, adjunté los caracteres con espacios por cada relato y el total de páginas. El volumen total fue de 58.326 caracteres con espacios y 28 páginas. Por lo que el total base fue de 336 euros, y, restándole el IRPF, el total “a pagar” fue de 285,60 euros.

En mi opinión, sí sale a cuenta el encargo de traducción, aunque el precio final fue más bajo de lo esperado en relación al trabajo llevado a cabo y el tiempo invertido. Al final, me llevó unos 21 días acabar la traducción y revisarla.

Andrea Martínez Reyes
Filóloga inglesa y traductora
C/Berguedà, 4 1B
43700 El Vendrell, Tarragona (España)
DNI 23821124R
andrea.mar.rev98@gmail.com

Maria Rossich Andreu
Editorial Lumen
C/ Travessera de Gràcia, 47
08021 Barcelona (España)
DNI XXXXXXX
maria.rossich@gmail.com

FACTURA 01/21
El Vendrell, 23 de febrero de 2022

Concepto: Traducción literaria EN>ES

Traducción de cuentos de Isaac Bashevis Singer	Caracteres con espacios	Páginas
The Cafeteria	34.868	17
The Key	23.458	11
Volumen total	58.326	28
Tarifa literaria por caracteres con espacios	12 eur/página	28
TOTAL BASE		336,00 €
IRPF (-15%)		50,40 €
TOTAL A PAGAR		285,60 €

DATOS BANCARIOS: XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
Titular de la cuenta: Andrea Martínez Reyes
Plazo de pago: 23/02/22-25/03/22

(Caixa Bank)

IV. Problemas de traducción y resolución

A lo largo del encargo me he ido encontrando con algunos problemas de traducción que tratamos en el máster. Gracias a asignaturas como *Estrategias de traducción y resolución de problemas*, de Inés García, y su equivalente al inglés, de Kevin Costello, pude buscar soluciones a estos obstáculos y elaborar una traducción bastante acorde al idioma meta sin perder la intención del texto origen. En ambos relatos encontré problemas similares ya que, en cuanto a forma y estilo, eran parecidos. Bashevis solía escribir en yidis y en inglés, además, él mismo traducía algunas de sus obras. En esta sección expondré algunos de estos problemas, generalmente, y, luego, especificaré algunos de los más recurrentes a lo largo de los textos, junto sus respectivos ejemplos.

Tanto *The Cafeteria* como *The Key* tienen términos y conceptos en yidis, así que tuve que decidir si traducirlos, buscar un equivalente, o especificar el significado en pie de página. Además, hubo otras cuestiones que encontré a lo largo de los cuentos. Bajo mi punto de vista, en varias ocasiones, no quedaba claro si el autor hablaba en pasado o en presente, pues utilizaba a menudo los saltos en el tiempo mientras narraba la historia, haciendo que la audiencia prestara más atención para saber en qué época estaban situados los hechos. También, destacaban las enumeraciones y la descripción detallada de los hechos, por lo que el autor solía utilizar estructuras paralelas para conseguir una homogeneidad visual, cosa que debía adaptar al español. Además, hubo una cuestión de lenguaje no inclusivo, en la página 43 de *The Key*, cuando se refiere a «someone» a «he», dando por hecho el género masculino en vez de utilizar el género neutro «they». Asimismo, también tuve dudas sobre la puntuación, ya que difiere del inglés al español, y en literatura, por ejemplo, las comillas se utilizan diferente. El autor utilizaba mayoritariamente las comillas inglesas, mientras que, en los textos literarios en español, se utilizan los guiones para dialogar. Aunque, cuando no se especificaba que fuese un diálogo entre dos personas sino un diálogo interno, elegí las comillas españolas para especificar que era un pensamiento.

A continuación, expondré más a fondo algunos de estos problemas recurrentes y sus respectivas soluciones y ejemplos.

i. Lenguaje yidis

Como mencioné anteriormente, el lenguaje yidis está muy presente en la vida y obra de Isaac Bashevis Singer. A menudo solía introducir algún término en yidis durante el relato en inglés, algo característico de su estilo. Normalmente, la audiencia ya daba por hecho este fenómeno y estaban informados acerca del lenguaje yidis. Es por eso que en los textos originales no se especificaba el significado de estos términos yidis, ni había notas, ni siquiera un glosario. Como fue mi caso, conforme iba leyendo y traduciendo el texto, tuve que investigar sobre la terminología yidis y su significado. El propio término *yiddish*, el lenguaje judío, tiene varias traducciones: yidis, yidish, yiddish, ídish... Así que opté por «yidis», ya que es el más comúnmente utilizado. No obstante, en *The Cafeteria* el autor menciona muchos más términos yidis que en *The Key*.

En *The Cafeteria*, nada más empezar el texto, aparece la palabra *landsleit*, que se refiere a «paisanos». El autor narra la historia de Aaron, un viejo escritor polaco, y explica

que en la cafetería se encontraba con *landsleit* de Polonia. En este caso, decidí traducir el término por su equivalente, ya que como especificaba la procedencia de éstos, no era necesario aportar más detalle.

Seguidamente, en la página 76, aparecía el término *kaddish*, un rezo hebreo, cuyo equivalente en español sería «kadish», así que decidí escribirlo así y especificar el significado en una nota a pie de página.

Más tarde, en la página 77, Esther introduce el término *Gehenna*, refiriéndose al infierno judío. En esta ocasión, decidí traducirlo por «infierno» a secas y omitir la referencia yidis, ya que tampoco aportaba detalle alguno y sería más fácil de leer y comprender para la audiencia.

Luego, en la página 78, aparece el término *kreplach*, un típico plato judío de pasta rellena, por lo que no tiene un equivalente específico en español y traducirlo como «pasta rellena» le haría perder significado, así que decidí mantenerlo en yidis y especificar su significado a pie de página.

En la siguiente página, mencionan el *fez*, el típico gorro rojo judío, el cual se escribe igual en español, así que mantuve el término y no especifiqué su significado ya que es bastante común.

Más tarde, en la página 84, Esther menciona la palabra *meshugga* para referirse a su abogado, cuyo significado sería «loco/a». En este caso decidí hacer una doble mención para enfatizar el significado, es decir, primero lo traduje y luego añadí el término en yidis y especifiqué su significado en pie de página: “Él sí que está medio loco, *meshugga*...”.

Luego, en la página 87, Esther se refiere a Hitler como *Führer*, término bastante utilizado en alemán que se refiere a «líder», así que decidí traducirlo como tal ya que se especificaba anteriormente de quién se trataba.

Finalmente, en la última página de *The Key*, Sam Popkins menciona la frase *mazel tov*, que significa «felicidades» o «buena suerte». Ya que era un recordatorio de Bessie de las palabras de su marido, no lo traduje y mantuve la esencia e intención del autor, ya que se sitúa a final de frase y final del relato, por lo que suena impactante al tratarse de la muerte y el final del camino de la vida.

ii. Tiempo verbal

A lo largo de los cuentos he tenido dudas con los tiempos verbales que utiliza el autor para narrar y describir los hechos, ya que en español puede interpretarse de diferente forma. El autor, además, utiliza saltos en el tiempo para describir anécdotas del pasado relevantes con la situación del presente. No obstante, es un texto fácil de leer y entender, aunque la traducción puede verse algo afectada si no se tienen en cuenta estos aspectos.

Por ejemplo, en *The Cafeteria*, en la página 3 de la traducción, en lugar de «Tuve», se entendería mejor «Tenía», ya que se trataba de un proceso continuo en el pasado, o en la página 12, «me he convertido» en lugar de «me había convertido», porque el personaje narra el pasado.

También, traduje un tiempo verbal que no se ajustaba demasiado a la oración, «antes de que obtuviera», así que acepté el cambio a su infinitivo, «antes de obtener». Asimismo, también hay que tener en cuenta la selección de verbos, por ejemplo, en la última página, «Oí» encajaba mejor que «Escuché», ya que suena más natural en el diálogo.

Por otra parte, en *The Key*, tuve más problemas a la hora de traducir los tiempos verbales, ya que todos los hechos estaban bastante relacionados entre sí. En la primera página de la traducción, el autor describe las problemáticas (imaginadas) de Bessie. Como eran hechos recurrentes, lo más acertado sería utilizar el imperfecto, es decir «Escondía las gafas en la mesita de noche y las encontraba en una zapatilla» en vez de «Escondió las gafas en la mesita de noche y las encontró en una zapatilla», o «Ponía el bote de tinte del pelo en el botiquín» en vez de «Puso el bote de tinte del pelo en el botiquín».

Sin embargo, más tarde, como especifica que el hecho solo ocurrió una vez, lo correcto sería utilizar el perfecto, es decir, «dejó un bote de sopa *borsch* en la nevera». Al igual que seguiría en pluscuamperfecto para describir hechos pasados continuos, como «cuántas bromas le gastaron», o «se había dado cuenta de que no había remedio».

Seguidamente, en la página 3, como consecuencia de un acto previo, «habían abierto una boca de riego y chapoteaban desnudos», y en la siguiente página, una hipótesis de lo ocurrido, «a lo mejor los vecinos habían manipulado intencionadamente la cerradura».

Finalmente, al igual que en *The Cafeteria*, la selección de verbos también es importante, como «Oyó las mismas palabras» en vez de «Escuchó las mismas palabras», para que así el texto suene más natural y fluido.

iii. Reformulación de frases

En este máster, además de identificar los problemas de traducción, de saber solucionarlos, y aprender sobre el negocio de la traducción profesional, también he podido mejorar la calidad de mis traducciones. A la hora de traducir de un idioma a otro hay que tener varios factores en cuenta, y uno de ellos es la transferencia cultural. La traducción, como ya sabemos, no sólo consiste en traducir palabra por palabra, sino que consiste en transmitir un mensaje que, por supuesto, el mensaje también debe adaptarse al idioma meta. Cada idioma tiene sus variaciones lingüísticas, es decir, el uso de la lengua que está condicionado por varios factores de tipo contextual, geográfico, sociocultural o contextual, y estas características suelen reflejarse sobre todo en la traducción literaria. A lo largo de los cuentos me he encontrado con varios factores culturales, por ejemplo, el lenguaje yidis y sus tradiciones, como he explicado en los puntos anteriores. No obstante, he intentado ser fiel al texto, pero adaptándolo al diálogo en español y de la jerga de los barrios de España, pero con el característico toque yidis de Bashevis. Por ello, he optado por traducir algunas expresiones y, en otros casos, por mantener los términos y explicarlos a pie de página, como expondré en el siguiente punto.

Por ejemplo, en *The Cafeteria*, en la página 78, la frase «*There's no such thing as love*», contextualmente significa «El amor no existe», pero no podemos traducirlo literalmente pues no se entendería.

En la página siguiente, «*knock at the pearly gates of heaven*» que significa «morir», tendría su equivalente en español, una frase hecha bastante común, «irme al otro barrio», porque Esther estuvo a punto de morir de neumonía.

Seguidamente, cuando Esther dijo «*I can think my own thoughts*», se refería a que podía estar a solas con sus pensamientos, de otra manera, traducido literalmente, podría causar confusión.

Luego, la frase «*A time is coming when everybody will*», la traduje como «A todo el mundo le llega su hora», ya que mantuve la intención de la frase pero lo adapté al idioma.

También, cuando Esther se refería a su padre, «*It 's everything together*», realmente se refería que le vino todo de golpe, así que decidí traducirlo por «Se le ha juntado todo», que es una expresión que se utiliza bastante.

Más tarde, en la página 84, la expresión «*just so and no different*», no tiene una traducción exacta al español, por lo que lo traduje como «ni más ni menos».

En la página siguiente, en el diálogo de Esther y Aaron, cuando Esther dijo «*please forgive my presumption*» y Aaron le responde «*No presumption*», era un signo de despreocupación y de restarle importancia, así que decidí traducirlo por «No te preocupes».

En la página 87, Aaron dijo «*I was prepared for something unusual*», traducido literalmente no quedaría natural, así que lo traduje como «Estaba preparado para cualquier cosa», que tiene la misma función y se refiere a lo mismo.

Finalmente, en la misma página, para referirnos a «*to the last days of my life*», que es una alusión a la muerte, solemos decir «hasta que me muera», en vez de traducirlo literalmente.

Por otra parte, en *The Key*, en la página 40, «*Going out was connected with many difficulties*», se refiere a que una cosa lleva a la otra, y son obstáculos por los que Bessie debía pasar, así que lo traduje por «Salir comportaba muchas dificultades».

Seguidamente, cuando el autor narra algunas de estas dificultades, como «*forcing her fat body*», realmente se refería a «embutir su cuerpo gordito», ya que, en español, solemos utilizar los diminutivos para que las palabras suenen menos bruscas, sobre todo cuando se trata del físico de alguien.

Más tarde, aparece un término, «*tallow*», que literalmente podría referirse a «sebo», pero en este contexto, se refería más bien a «rancio».

En la página 42, tuve problemas con la frase «*One breathered one had to eat*», ya que no tenía un equivalente en español, así que intenté adaptarlo, «Mientras uno vive, tiene que comer», que significa que mientras estamos vivos, debemos satisfacer nuestras necesidades, como la comida.

En la página siguiente, cuando el autor describe un hecho en el *ghetto*, «*little women whose bullies were always swollen in pregnancy*», refiriéndose a «jóvenes

embarazadas», utiliza la redundancia, lo cual me pareció innecesario traducirlo tal cual al español ya que podría interferir en la fluidez de la lectura.

Luego, aparece una expresión que decimos bastante en español para referirnos «*God in heaven*», es decir, «Dios Santo», o, por ejemplo, «*falling apart*», que sería «se caía a pedazos», o «*pocketbook*», que sería «cartera».

Finalmente, en la página 43, decidí traducir «*it was all beyond Bessie's strength*» como «todo sobrepasaba a Bessie», ya que significa lo mismo y suena más natural en español.

También, aunque las traducciones puedan permitirse calcos o equivalencias, hay que tener en cuenta la estructuración de las frases para que suenen natural, como por ejemplo en *The Cafeteria*, en la página 81, cuando Aaron pregunta a Esther por su padre, ¿«*Is he so sick?*», sería «¿Tan enfermo está?», o describiendo su situación, «*He sits and reads the newspapers all day long*», que sería «Se pasa el día sentado y leyendo periódicos».

iv. Nombres propios y terminología

A lo largo de los relatos aparecen varios nombres propios y términos en inglés y/o yidis. Como hemos visto anteriormente en el apartado 4.1, a menudo en traducción nos encontramos con nombres propios en el idioma original y dudamos de si traducirlos para que la audiencia lo entienda mejor, o, mantenerlos para ser fiel al texto. Personalmente, me he ceñido al criterio que he aprendido en la asignatura de *Estrategias de Traducción y Resolución de Problemas* y su equivalente al inglés. Los términos que tenían equivalente al español los traduje para mejorar la comprensión lectora y los que no, los mantuve y especifiqué el significado a pie de página.

Por ejemplo, en *The Cafeteria*, tuve dudas con el término *Red Army*, «Ejército Rojo» en español, o *anti-Bolchevism*, «antibolchevique», así que traduje ambos en sus equivalentes. Además, encontré algunos términos que traduje al español como comúnmente los llamamos, como *Automat* refiriéndose a las máquinas de 24 h, o *taxes*, refiriéndose a los impuestos o gastos.

También, las siglas de G.P.U., que luego pasó a ser O.G.P.U., son las siglas en inglés del Directorio Político Unificado del Estado Ruso, la policía secreta de la Unión

Soviética, así que mantuve las siglas en vez de traducirlas o adaptarlas al español, y especifiqué el término español en pie de página.

Asimismo, tuve dudas con los nombres de las calles, como *Eight Avenue*, pero, al ser un nombre oficial sin traducción al español, mantuve el nombre en inglés.

Por otra parte, en *The Key*, también tuve dudas similares, como por ejemplo el nombre de un río de Nueva York, el río Hudson, que, al igual que los casos anteriores, mantuve.

También, me inventé la traducción del término *cafeterianiks* que hiciera la misma función, «cafeterianos», haciendo alusión a los «vegetarianos», utilizando la sátira.

Finalmente, a lo largo del texto se mencionaba a *the Super*, literalmente «el Superintendente» en español. No obstante, su significado es ambiguo, y lo que se refería el texto era al «conserje» del edificio de Bessie Popkins, así que lo traduje por este último para que no hubiese malinterpretaciones.

V. Revisión y edición

Una vez finalizada la traducción, me aseguré de que no hubiera ningún fallo ortotipográfico. Seguidamente, gracias a la asignatura de *Revisión, Edición y Postedición de Textos Traducidos* de Judith Cortés y su equivalente al inglés, de Kevin Costello, pude poner en práctica algunas herramientas y algunos parámetros para mejorar mi traducción antes de enviársela a mi tutora.

i. Herramientas TAO

Como expliqué anteriormente, trabajé desde cero sin ayuda de ninguna herramienta TAO o memoria de traducción, ya que el formato de los documentos era en PDF y era complicado de transferirlo en MateCat, Memsource o cualquier herramienta de traducción automática, como nos enseñó Anthony Pym en la asignatura de *Herramientas para la Traducción Especializada*. Además, personalmente, en proyectos relativamente cortos, prefiero prescindir de ellas ya que pueden interferir en mi estilo y opinión de traducción. No obstante, como ya debatimos en algunas asignaturas del máster, podrían ser bastante útiles en proyectos de gran volumen, mejorando la productividad y ahorrando tiempo de trabajo. Por otro lado, a lo largo de la traducción, me he estado ayudando de diccionarios en línea, como Linguee para oraciones, y Word Reference, Britannica o

Merriam Webster para términos. Al finalizar la traducción, para asegurarme de que no hubiera errores graves, me ayudé de un corrector ortográfico en línea, LanguageTool, además del corrector automático de Word.

ii. Revisión de la tutora

Cuando terminé de revisar los textos, se los envié a mi tutora, Maria Rossich Andreu, que me envió una propuesta de corrección con sus respectivos comentarios e ideas para mejorar la versión final de traducción.

En el primer párrafo de *The Cafeteria*, añadí el sujeto explícito «ellos», el cual en español solemos evitar para que el texto fluya mejor, así que lo omití. Más tarde, erré a la hora de reestructurar una frase refiriéndose a los campos de concentración de Rusia porque entendí que solo hablaban de una.

En la página 3, malentendí *picking lice*, traduciéndolo como «coger piojos», cuando en realidad significaba «agarrarlos» o «quitarlos». Luego, mi tutora me recomendó traducir *who had volunteered* por «se alistó voluntario», en vez de «hizo voluntariado» ya que se refería al Ejército Rojo. También, malentendí *guests* por «invitados» en vez de «clientes», ya que hablaban de la cafetería.

Por otro lado, en *The Key*, exceptuando los tiempos verbales ya comentados en el apartado 4.2, erré algunos términos que desconocía o no entendía en español, como «tienda de *hardware*» como se escribía en el texto original, refiriéndose a una «ferretería».

Finalmente, me encontré con un problema cultural, una de las principales plegarias de la religión judía a Israel, *Shemá Israel*, equivaliendo a «Escucha, Israel», en vez de traducirlo demasiado personal, como «Escúchame».

Generalmente, dudé de elementos similares como variaciones lingüísticas, elementos culturales o verbos. Además, debatimos sobre las notas a pie de página, las cuales no suelen utilizarse mucho en la traducción literaria, pero a su vez es una resolución apta para poder especificar sin interferir en la fluidez de la lectura. En mi opinión, en vez de añadir notas a pie de página, ya que puede interferir en la fluidez de lectura, una buena solución sería agregar un glosario de todos los términos en yidis que aparezcan en los cuentos con sus respectivos significados.

VI. Conclusión

Para concluir, es importante remarcar las ideas principales de esta tesis. Este trabajo está enfocado en la traducción literaria, que es un ámbito de la traducción profesional, pues lo que pretendía con ello era hacer una reflexión del proceso de traducción y de los conocimientos adquiridos a lo largo del curso. Conforme iba traduciendo los dos cuentos de Isaac Bashevis Singer, me he ido encontrando con varios problemas, como el lenguaje yidis, los tiempos verbales, la reformulación de frases y algunos nombres propios y terminología, y, a su vez, he podido solucionarlos enfocándome en los parámetros facilitados por el profesorado. Además de la traducción en sí, también he podido experimentar el proceso de un encargo, conocer el ámbito de contabilidad, plazos de entrega, tarifas y demás cuestiones de negocios.

En cuanto al trabajo de traducción, he podido hacer un seguimiento ordenado y versátil. Me he podido comunicar y trabajar adecuadamente con mi tutora, y he podido entregar los documentos en su correspondiente plazo de entrega. En mi opinión, he superado satisfactoriamente cada fase del Trabajo de Fin de Máster, ya que he ido trabajando progresivamente de manera eficiente. Además, no me ha resultado demasiado complicado, ya que he podido aplicar todo lo que he aprendido gracias a las actividades y al temario del profesorado del máster.

Finalmente, al acabar el trabajo, eché un vistazo a la traducción original publicada por la editorial Lumen, y pude observar algunas diferencias y similitudes con mi versión. Observé que algunos términos en yidis se mantenían en la versión original igual que yo decidí, como «sopa *borsch*» o «*mazel tov*». No obstante, he observado bastantes diferencias en cuanto a estilo o registro, quizá se deba al año en el que fue escrito, es decir, la versión original podría ser más antigua y, por ende, ambigua. Es decir, mi versión se enfoca en una visión más modernista, por ejemplo, en la versión original utilizan el término «negro», mientras que en la mía emplee «afroamericano», ya que el contexto ocurre en América y el primer término puede resultar ofensivo; o «mozo», en lugar de «chico», un término también más anticuado. También observé algunas otras cuestiones, como «*The Unknown*», que en mi versión aparece como «el Oculto» y la traducción original como «el Nunca Visto», o «rulos» en vez de «bigudíes», y algunos términos y expresiones más. Finalmente, lo que más me llamó la atención, es que en *The Key*, mi

versión interpretó la visión que tuvo Bessie al final del cuento como una apología a su muerte, mientras que en la traducción original lo describen como un sueño. Personalmente, añadí mi toque personal acorde con el estilo e intención del autor: tratar temas serios utilizando la sátira y la ironía.

Trabajar en esta tesis me ha resultado útil a la vez que didáctico; he podido aprender el oficio y mejorar mis habilidades de traducción y comunicación con el cliente. A partir de ahora, puedo emplear mis conocimientos aprendidos en el máster y adentrarme en el mundo laboral. Mis expectativas se han ido superando a lo largo del curso y he descubierto que, además, la traducción profesional es lo que me apasiona y a lo que me quiero dedicar. Como he podido observar, la traducción va más allá de traducir: la traducción es la transmisión de un mensaje general teniendo en cuenta varios aspectos, entre ellos, culturales y lingüísticos, de cada idioma. Y desde siempre me ha apasionado conocer y entender otras culturas, y no olvidarme de la mía propia.

VII. Referencias

Libro

Gonzalo García, Consuelo y García Yebra, Valentín (Eds.). (2005). *Manual de documentación para la traducción literaria*. Madrid: Instrumenta Bibliológica. Arco Libros.

Vídeo

Talaván, Noa. [Canal UNED]. (2016, 4 de abril). La traducción literaria: más allá de la teoría. Extraído de: <https://canal.uned.es/video/5a6f1fc0b1111f28298b4763>

Artículos y revistas

Gutiérrez, Ana. (2021). La importancia de la traducción profesional. *Between Traducciones*. Extraído de: <https://betweentraducciones.es/importancia-traduccion-profesional>

Conte, Rafael. (2004). Reportaje: Centenario de Isaac Bashevis Singer. El premio Nobel más solitario. *Babelia, EL PAÍS*. Extraído de: https://elpais.com/diario/2004/07/17/babelia/1090021830_850215.html

Ramos, Ana. (2022). Teoría y Práctica de la Traducción Literaria. *Hottopos*. Extraído de: <http://www.hottopos.com/mirand8/anaramo.htm>

Páginas web

Wikipedia. (2022). *Isaac Bashevis Singer*. Extraído de: https://es.wikipedia.org/wiki/Isaac_Bashevis_Singer

Plaza y Valdés. (2021). *Isaac Bashevis Singer: Su obra y su leyenda*. Extraído de: <https://www.plazayvaldes.es/libro/isaac-bashevis-singer-su-obra-y-su-leyenda>

Centro Virtual Cervantes. Diccionario de términos clave de ELE. (2022). *Variación Lingüística*. Extraído de: https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/diccio_ele/diccionario/variacionlinguistica.htm#:~:text=Se%20entiende%20por%20variaci%C3%B3n%20ling%C3%BC%C3%ADstica,comunicaci%C3%B3n%20en%20que%20est%C3%A1n%20implicados

VI. Anexo

Informe de la alumna

Durante el Máster de Traducción Profesional inglés-español he podido aprender el oficio de la traducción profesional casi en su totalidad y, al finalizar, he podido aplicar los conocimientos adquiridos en el Trabajo de Fin de Máster, por lo que me ha resultado útil y he podido darme cuenta de varias cuestiones. Si bien es cierto que he podido conocer el trabajo de la traducción en varios aspectos y ámbitos, aún me queda mucho por aprender. No obstante, este máster ha superado todas mis expectativas.

Al principio, cuando me inscribí, esperaba conocer las técnicas para poder traducir profesionalmente del inglés al español y viceversa, pero no pensaba que me iban a guiar también en el negocio. La verdad, me ha sorprendido gratamente que el profesorado se enfocara en el trabajo de traducción y nos ayudara de manera práctica, además de teórica, pues a lo largo del curso hemos ido alternando la teoría de estudio con prácticas evaluables, tanto en español como en inglés. Además, al finalizar las clases, también tuvimos la oportunidad de realizar prácticas en identidades asociadas a la URV. En mi caso, tuve mucha suerte de poder formar parte del International Center y traducir algunas páginas web y noticias de diferentes ámbitos. Así mismo, también podíamos efectuar algún acuerdo con otras empresas, pero en mi caso, me ayudó Judith Raigal a buscar prácticas de mi interés.

Desde que comencé el máster supuse que solamente querría enfocarme en la traducción literaria, que pude estudiar a final de curso gracias a Maria Rossich, pero descubrí que también me interesaban otros ámbitos, como la subtitulación, a manos de Anthony Pym que, aunque fuese una asignatura breve, disfruté mucho poder indagar en aplicaciones para subtitular algunas series y películas. Estudiar la traducción legal y jurídica se me hizo muy ameno, y estuve muy cómoda traduciendo algunos documentos del ámbito. Además, tanto Nune Ayvazyan como Judith Raigal me ayudaron a aprender las estrategias y las técnicas para la traducción de textos especializados en el ámbito y poderlas aplicar satisfactoriamente en las actividades y prácticas. También, estoy muy agradecida de Judith Cortés por enseñarnos el ejercicio profesional de la traducción y cómo gestionar el negocio, ya que era una parte que desconocía bastante y me costaba más de entender, además de la parte de revisión, edición y postedición de textos

traducidos. Así mismo, Kevin Costello e Inés García nos enseñaron las estrategias de traducción y resolución de problemas, junto a Anthony Pym, que nos enseñó las herramientas tecnológicas para ayudarnos en nuestra traducción, y, gracias a estos conocimientos que he podido adquirir durante este año, he podido sobrellevar mi Trabajo de Fin de Máster satisfactoriamente. He podido reafirmar la idea que tenía cuando acabé el grado de Filología Inglesa, y que, definitivamente, quiero dedicarme a la traducción.

Finalmente, me gustaría remarcar la ayuda de mi tutora del TFM, Maria Rossich, por guiarme y seguir una tutela guiada durante estos últimos meses. También, me gustaría añadir que ha sido muy cómodo trabajar en línea, ya que igualmente he podido comunicarme fácilmente con el profesorado y mis compañeros y compañeras del curso. Creo que el máster ha estado bien organizado, aunque haya terminado muy pronto, estoy satisfecha con el resultado.